

GASTON GORI

**EL MORO
ARACAIQUIN**



NUESTROS NOVELISTAS



PLUS ULTRA

GASTON GORI



PLUS ULTRA

**EL MORO
ARACAIQUIN**

PROLEGÓMENOS

PAPELES ARCHIVADOS

"Según el deseo expresado por V. E. de tener conocimiento de todas las medidas tomadas contra los indios asesinos y ladrones, le mando cuenta de la última salida que he hecho. El nueve del corriente salí con cuatro voluntarios de esta colonia en busca de los asesinos del finado director de la colonia Alejandra y de mi sobrino Enrique Moore. Agarramos por el sur oeste en dirección del Saladillo Amargo y encontramos rastros de seis caballos que habían pasado hacía tres días. Dichos rastros seguimos como cinco leguas, pero por la incertidumbre, juzgué que era mejor cortar derecho por la colonia Alejandra y tomar los rastros de adonde mismo sucedió el asesinato. De la administración de dicha colonia salí con nueve voluntarios y llegamos al oeste del Saladillo a medio día, encontramos dos caballos cerca, los dos enteramente rendidos. De dicho punto, topamos rastros de como veinticinco caballos y quince hombres de pie tirando al norte pero creí que era inútil seguirles vista la ligereza con que habían caminado los indios y la falta de provisiones. Volví del punto donde había

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723.

© 1977 by Editorial PLUS ULTRA
Viamonte 1755 - Buenos Aires (1955)

encontrado dicho rastro y encontré otros que agarraban por el sur oeste los cuales seguí tres días, y al catorce del mes encontré siempre de los mismos trastos seguidos del punto del asesinato, un toldo con todas las prendas dejadas: los indios sin duda habiéndonos visto habían disparado. Este toldo estaba situado entre los dos Saladillos, dulce y amargo y a como ocho leguas de la colonia California; en la costa de un estero grande hallamos como dos leguas de circunferencia. Dicho estero estaba cubierto de juncos del alto de la estatura de un hombre. Tomé todas las medidas posibles para hacer salir los indios de allí pero sin efecto. Por último yo hice prender fuego a los juncos, pero por la humedad no encendieron bien. Los indios tenían diez perros de los cuales hemos tomado las señas. Por la noche retiré mis voluntarios a la distancia de un cuarto de legua del toldo y el quince de madrugada volví para ver si habían salido del juncal pero no había señales ninguna y los perros estaban siempre allí. La gente que venía conmigo quería entrar a pie en el juncal, pero esto no lo permití sabiendo que los indios tenían armas de fuego y la habilidad con que se esconden pues habrían los voluntarios peligrado sus vidas sin esperanza de otros resultados. En el toldo encontramos como ocho libras de pólvora con balas, cebas y varias clases de municiones y un pantalón de soldado con varias cosas pequeñas que guardamos para identificar tal vez algún día a los malhechores. Llegamos acá ayer de tarde y sin perder tiempo me apuro a comunicarme con V. E. Por los rastros encontrados se comprende muy bien que los indios matadores de mi sobrino Enrique han sido de San Martín entreverados con montaraces e indios del Rey”.

BENJAMÍN MOORE

...“que en la frontera de mi mando existen noventa y siete animales yeguarizos a disposición del

gobierno, que han sido quitados por el comandante del fuerte Sunchales Teniente don Isidoro González a los indios que robaron el doce del corriente en la cañada de San Antonio.”

JUAN P. JOBSON

“Completé cuanto antes todos los preparativos; y con mucho gusto salí el cinco del corriente de la estancia de don Samuel Sager en la costa del Malabrigo con una partida bien suplida de caballos y armas; de hombres escogidos, es decir, el teniente coronel don Raimundo Oroño, el teniente don Isidro Bergallo, el alférez don Wenceslao Franco, veinte hombres de guardia nacional de esta provincia, de la gente al mando del comandante Romero y treinta y un colonos, yo incluido, de las colonias de esta provincia. Vino también el indio Baltazar cautivo de la última expedición, para servirnos de baqueano, siendo el total cincuenta y cuatro hombres, armados con cincuenta y tres caballos del estado, setenta y siete caballos particulares y siete mulas.

Saliendo de la casa de Samuel Sager seguimos el rastro de nuestro viaje de vuelta de la última expedición, por el bañado del arroyo del Rey hasta el punto marcado “A” en el mapa ya en poder de V. E. siendo un poco más al norte que alcanzamos en la expedición anterior. Allí llegamos el nueve del corriente, ahora me decidí después de bien reflexionarlo, seguir las señas de la procedencia de indios que a nuestro parecer prometía resultados; el comandante Oroño, acompañado de su alférez pusieron pie a tierra e iban adelante para hacer sus reconocimientos. Enseguida sorprendimos una toldería chica, donde matamos dos indios, herimos tres, capturamos una china y tres criaturas. El baquiano cautivo había sido de servicio hasta ahora en guarnos entre bosques e isletas muy espesas;

pero desde acá nos rindió servicio especial llevándonos directamente hasta unos pozos hechos por los indios que él nos había dicho eran cerca de una toldería grande. Llevando la mitad de la gente conmigo y haciendo nuestro campamento al norte de esos pozos esperamos la madrugada. Al aclarar avanzamos con toda precaución, hasta sentir la vecindad de una toldería grande; seguimos con silencio y orden la avanzada hasta aproximarnos a la toldería, cuando di la orden de cargar. La sorpresa era completa disparando los indios en todas direcciones. El comandante Oroño según habíamos convenido, les ofrecía la vida si se rendían; pero lo rehusaron todos con la excepción de tres o cuatro. Estos con las chinas y criaturas hicimos prisioneros. Entonces di la orden de hacer fuego sobre los otros. Mi gente se comportó perfectamente.

Los tiros eran muy exactos así es que en pocos momentos aunque habían disparado pocos tiros, quedaron treinta hombres muertos y varios heridos que se escaparon entre los espesos bosques que abrigan la toldería. Habiendo asegurado nuestros cautivos los hicimos montar a caballo; de esa toldería trajimos cincuenta y nueve cautivos, siete novillos, treinta caballos y una mula y a más una cantidad de prendas recogidas en los toldos. Habiéndose ya arreglado la línea de marcha nos dirigimos hacia nuestro campamento siendo imposible realizar otra operación por causa de la cantidad de prisioneros y el cansancio de la caballería. Ni media legua habíamos caminado cuando percibimos una media luna de quemazones (señales) cruzando nuestra línea de avance y sabíamos que nos persiguieron treinta o cuarenta indios bien armados y montados, la mayor parte de los cuales habían, sin duda venido de alguna toldería vecina avisada por los escapados. Estos, parecía más que probable, tenían la intención de interrumpir nuestra marcha con la esperanza de que algún desorden podía

levantarse entre nosotros por la cantidad de cautivos y animales que teníamos. Felizmente el más perfecto orden y sangre fría reinaron entre nosotros; marchamos con rapidez y precaución hacia el campamento; cuando los indios alcanzaron a estar dentro de quinientas varas de nosotros les tiramos unos pocos tiros con mucho efecto y buena precisión: dos de los indios se hirieron y desde entonces dejaron de incomodarnos y seguimos la marcha para la colonia Malabrigo.

Espero que Vuestra Excelencia estará contento de la buena salida de la presente expedición. Hemos muerto lo menos treinta indios y herido muchos más, y hemos traído con nosotros sesenta y un cautivos, —hombres, mujeres y criaturas— a más de algunos caballos y animales vacunos.

Un solo suceso hay que sentir, que fue la muerte del sargento Laureano Gómez en el ataque de la toldería del cacique José Ignacio.”

GUILLERMO J. MOORE
R. OROÑO,

...“manifestándome la conveniencia que habría en que este gobierno pusiera a disposición de ese ministerio todos los lotes de chacra y quinta que existen baldíos en la colonia Reconquista, para ser poblados por familias agricultoras que deben llegar próximamente de Europa y que el Excelentísimo Gobierno Nacional desea se establezcan en el interior de la República.

...no habiendo inconveniente alguno por parte del gobierno en que ellas sean concedidas a los inmigrantes.”

SERVANDO BAYO

“En el acto despaché al alférez Fortunato Orellano que se encontraba allí, para que organizando una partida con fuerzas de la izquierda de la línea,

tomara el rastro de los invasores e hicieran lo posible por darles alcance y batirlos: el resultado de esta operación ha sido el más satisfactorio, porque después de la larga marcha que ha tenido que hacer el alférez Orellano, ha batido a los indios, quitándoles todo el arreo que llevaban y matándoles varios indios, entre ellos al cacique José Domingo, que era reconocido como uno de los caudillos de más importancia que tenían los montaraces."

JUAN P. JOBSON

"En el año que ha fenecido no se han tenido que lamentar con tanta frecuencia los estragos que producen en la campaña las invasiones de los salvajes, pues si se exceptúan las de Malabrido y Cañada de San Antonio, las demás entradas no han pasado de simples correrías de un corto número de indios, que no han ocasionado mayores perjuicios. Sin embargo, el gobierno vivamente impresionado por estas invasiones y por otras que con más frecuencia se habían repetido anteriormente, mandó expedicionar al Chaco, valiéndose para esto de los servicios ofrecidos por el norteamericano D. Guillermo Moore, quien acompañado de un reducido número de hombres, en su mayor parte extranjeros, se comprometió a internarse en el corazón del Chaco a fin de escarmentar a los salvajes en sus mismas guaridas."

SERVANDO BAYO

"... el prófugo Remigio Bustos, armado de carbina y sable, acompañado de otros dos también armados como él, han venido a sorprender la casa del cautivo Mercao, vecino del Monte La Sorda, extigiéndoles les entregase su hija para llevarla; y como la muchacha hiciese resistencia cuando por fuerza la querían alzar sobre el caballo, y el padre también se opuso a que le llevasen su hija de esa

manera, Remigio Bustos lo mató tirándole un tiro con su tercerola."

FABIÁN ZAPATA - COMISARIO

"He procurado no separarme un solo instante de la política que el gobierno se tiene trazada a este respecto, acordando a las colonias y al inmigrante toda la mayor protección posible, en cuanto depende de la acción del poder ejecutivo. En interés de unos y otras he dispuesto de la tierra pública y del tesoro de la provincia según nuestras leyes, creando en aquellas nuevas autoridades que protejan y garantan la propiedad y la vida del inmigrante."

SERVANDO BAYO

"La señora del difunto, que se encontraba en otro rancho vecino, al oír la detonación fue a indagar la causa y vio los dos gauchos que montaron sus caballos y se fueron apresuradamente con dirección sud-este. El marido de ella con el pecho atravesado de un balazo, había tenido fuerza aún para salir del rancho y hacer unos cuantos pasos en dirección a otra casa adonde pensaba pedir auxilio.

Se ha podido indagar que uno de ellos montaba una yegua zaina, marca líquida del lado de montar y con contramarca fresca del lado derecho. El que andaba en la yegua es un mozo sin barba, medio bajito, muy flaco en la cara y viste de saco de lustrina negro. El otro es igualmente joven, sin barba, algo rubio de pelo, pero gordo de cara y muy picado de la viruela; viste con poncho de paño y anda en su caballo colorado."

GUILLERMO LEHMAN

EL GARCERO FRANCÉS

Las puntas de rieles del ferrocarril morían en la pequeña población; las sepultaban las cañadas de los contornos, el río cercano, los árboles aborígenes, la presencia aun del indio urbanizado, y el desierto de yuyales y alimañas con sólo un presente de caballos para campos y caminos. Más allá, por la tierra vasta —sin la medida del arado, sin la esperanza de las siembras y únicamente el tranco a vaso o pezuña hollando la llanura— se iba hacia un norte cardinal de soledad, de espartillares, de hierbaza-les brutos, de yeguarizo arisco, de vacuno aleatorio, y de voluntad nunca resignada de hombres ilusionados o destruidos por la fiebre de riqueza.

Las puntas de rieles morían allí; para seguir hacia el norte de montes y aguadas, de alevosas muertas y lanzazos, de arroyos y zanjones cargados de agua vegetaminosa traída de esteros cenagosos con plantas muertas y podridas y renovales vigorosos de totorales o de limpios espejos de agua soleados, brillantes de luz, era necesario subir a diligencias o montar a caballo. Nada de otra manera podía emprenderse y siempre, a pesar de la aceptación de medios consuetudinarios y martirizantes con traqueteos y lentitud, el riesgo acechaba porque aún no habían muerto todos los aborígenes que recordaban las crueldades de los que

llegaron a esas tierras y se posesionaron de ellas, expulsándolos o asesinandolos.

Cuando el garcero francés bajó en la punta final de los rieles, en la última estación ferroviaria, persistían en cada rancho, en cada casa, las aventuras de pobladores ocurridas en montes y siempre rubricadas a tiro de fusil o a puñaladas heroicas.

El garcero francés ni siquiera se llamaba todavía así. Era entonces un mozo descendiente de ferroviarios franceses que disfrutaba de pasaje gratuito y de imaginación juvenil. Fue para observar, atraído por leyendas de esas tierras, islas y ríos de nativos, de vacunos ariscos y siembras escasas. Fue para mirar y regresar, pero se quedó para siempre y para siempre perdió su nombre después que se enamoró de la ilusión de riqueza y poderío.

Le apodaron primero "el francés", luego "el garcero francés" porque compraba allí plumas de garzas y porque era francés... Una actividad —la de comprar plumas— y una procedencia —la de ser francés— ambas extrañas en los primeros tiempos rudos de aquellos parajes desde que sólo su comercio valoró la presencia numerosa de las garzas blancas en esos esteros legendarios que precisamente por la abundancia de esas aves se les llamó "Pájaro blanco". Sólo un francés pudo descubrir riqueza en las plumas de las garzas; y el joven que terminó su viaje en las puntas muertas de rieles, se decidió a vivir allí para comprar y vender a los exportadores de plumas. Y él mismo, arma en mano, perfeccionó entre los camalotales sus aptitudes de cazador. De las garzas pasó —o hizo coincidir— al comercio de cueros y de pieles. Era el tiempo de sus amancebamientos sucesivos con indias. Fue un prisionero de la tierra, del agua, de los esteros y lagunas, de las plumas y de las pieles de "Pájaro blanco" y de la ilusión de la riqueza. Y lo fue definitivamente cuando hizo construir casa cerca del más vasto, del más feraz, del más salvaje, del

más rico estero de la región. Era una casa de ladrillos deficientes asentados con barro, cubierta por techo a dos aguas, de paja, y galponcito contiguo para depósito de mercancías de la naturaleza, jerarquizado con el nombre de barraca, y enclavado en el espacio cubierto por la sombra de cuatro ombúes y más allá hermoseado por el verdor de otros dos crecidos en esas soledades de tierras feraces, con aguadas, espartillares y lomas y llanura donde pastaba el ganado vacuno y donde el yeguario multiplicado era un lujo permitido o desperdicio de tradiciones.

Por la barranca del garcero francés pasaron todas las plumas de garzas cazadas en la zona, pieles de nutrias, de lobitos de ríos, de yacarés traídas por gringos hacendados o por indios silenciosos habitantes de los totorales y de los montes o peones ganaderos con salario de ropa y comida. Al francés lo ganó primero la aventura, luego la ambición y después se lo tragó la salvaje libertad de la llanura y la atracción intensa de los ríos. A su barraca solitaria entre los ombúes venían hombres conocidos y otros que atravesaban el río venidos de las islas y así como venían a mercar sus pieles, plumas y cueros, con desconfiado silencio se iban luego a perderse en el misterio de las arboledas, de los cardales y pajonales, de las aguas tranquilas o de las turbulentas crecientes de ríos y zanjones o se internaban en juncales y embalsados de los esteros. Eso durante años lo vio suceder el garcero francés y el tiempo, más tarde, se detuvo para él consustanciado con todo lo que lo rodeaba. Olvidó los días de su juventud; se tornó arisco, soberano de la soledad y del tráfico ventajoso de su mercancía, ducho en ardidés aplicados a pieles perforadas, así como experto en el manejo de las armas.

En su madurez —ya embastecido— amó a una mujer —hija del poblador Robert Morrison—, de ella nacieron sus hijos. Con el nombre de su única

hija quiso simbolizar, por tardía nostalgia, todo lo que había dejado atrás cuando vino hasta la punta donde morían los rieles y comenzaba otra aventura. La llamó Lutecia.

La primera vez que el Moro fue a venderle pieles al garcero francés, Lutecia cumplía veinte años.

LA HIJA DEL GARCERO FRANCÉS

Mi padre exagera cuando hace responsable al Moro de lo ocurrido, así como exageró en todo lo que fuera propio de mis sentimientos o los ignoró porque no supe revelárselos. A mis hermanos los dejó vivir libres; siguió en eso las costumbres de toda la gente que conocemos. Los hombres están hechos para el campo y el ganado y todas sus violentas tareas y mis hermanos se parecen a cualquiera de ellos que hayan nacido en estos lugares. Yo no soy nada para ellos, ni mi padre hizo más por ellos que lo suficiente para que crecieran y supieran manejar asuntos de la barraca y afinaran sus instintos en el conocimiento de la gente. Fuimos tratados de manera muy diferente y lo distinto se hizo más notorio con respecto a mí, no por ser mujer, sino por lo que él esperaba de mí. Sólo conmigo tuvo constancia para hacer que yo compartiera con él sus nostalgias y para trasmitirme lo que aún recordaba de su idioma abandonado en estas tierras donde nadie lo hablaba y donde nunca se sabe que es lo que piensan los hombres fuera de lo que los rodea. Aquí, en los ombúes, el encuentro con una yará es algo que merece ser comentado, pero a nadie le importa saber si esta agua que corre por el río nos puede llevar a cualquier remoto sitio del mundo o si es nada más que un río para soñar; ni yo misma lo sé. Quizá mi

padre tuvo o tiene ensueños que desconozco, salvo si recuerdo días de mi infancia cuando me decía que alguna vez volvería a Francia y que yo iría con él. De mi madre no puedo pensar nada que no sea vulgar, salvo aquellas noches en que yo permanecía silenciosa, sin dormir, en mi lecho y oía cómo mi padre le reprochaba asuntos desconocidos por mí, pero a veces creí entender que mi padre la celaba con el Moro. Y eso se repitió lo suficiente como para yo quisiera conocer a ese hombre que no sólo oí nombrar de esa manera y por esos motivos en mi casa, a la que venían y vienen a vender pieles muchos hombres, pero ninguno como el Moro. Lo oía nombrar también en los ombúes cuando algún grupo de ganaderos o cazadores acampaban allí de paso hacia otras tierras, comerciadas ya sus plumas o cueros en nuestra barraca. Y lograba oírlos desde algún sitio donde ellos no me veían, desde el fondo de la barraca o metida detrás de carruajes o pasando cerca sin demorarme porque a mi padre le disgustaba que yo anduviese entre hombres y caballos. El Moro —deduje— era admirado por algunos, me pareció entender también que lo respetaban. Cierta vez mi padre hacía aprestos para viajar hasta la punta de rieles para despachar todo el contenido de la barraca en la estación ferroviaria. Ese viaje lo demoraba dos días fuera de nuestra casa donde con la remoción de mercadería se intensificaba en ella el olor fuerte de los cueros salados y secos. Yo estaba en uno de esos días que sentía vacío el mundo, era cuando me dolía en el pecho la soledad, y mis pensamientos no tenían, para sentirme viva, más que los seres y las cosas que me rodeaban para sujetarme a ellas y sosegar mis angustias. Quizá ya estaba enamorada de las imágenes que fui creando día a día con las palabras aisladas que había escuchado. Antes de partir mi padre —al que llaman el garcero francés— me dijo:

—¿Qué querés que te traiga de allá?

Y yo cometí una verdadera tontería o quizá quise decir una tontería para hacerle entender que no deseaba nada, y le propuse:

—Tráigame al Moro...

Fue la primera y única vez que recibí una cachetada de mi padre, pero no fuerte porque alcanzó a dominarse y vi en su cara el sufrimiento. Yo no recordé en ese instante, antes de hablar, y decir una tontería, mi creencia de que mi padre años atrás había celado al Moro o quizá lo celaba aún. a pesar de que mi madre fue siempre opaca, una mujer de ollas y escobas manejadas con sensatez, con hijos y marido; mujer de fuego en la cocina y pocas palabras. Pero después supe que el Moro no tenía límites en la imaginación de la gente, de toda la gente, incluidas las que eran como mi madre. Mi abuelo Morrison odiaba al Moro, ignoró por qué.

Mi padre cree que fue el Moro el que me enamoró y se equivoca. No se lo perdonará jamás al Moro aunque yo haya vuelto a la barraca, a los ombúes, a mi casa; aunque trate de hacer que todo se olvide retomando el ritmo de siempre salvo lo que ya no podré hacer de ninguna manera y es eso de conversar con mi padre, ni mucho menos con los rudimentos de su francés estacionado en treinta años atrás, sin palabras para nombrar árboles, animales, costumbres o vestidos y enseres de la gente que vive como nosotros entre pastizales, montes, chaparrales o ríos. Y éste es quizá el otro motivo —pero no el principal— por el cual ya no podrá ser todo como antes de que me fuera con el Moro. Tampoco me perdonará otras humillaciones y menos aún la más grave de todas y sucedió cuando yo había regresado, y estaba otra vez en la barraca.

Estuve en la isla del Moro sólo quince días y el

Moro entró enseguida en una indiferencia tan honda que yo supe que todo había terminado, pero terminado como si nunca hubiera sucedido nada entre él y yo.

Fui yo quien quiso estar allí con él, y en eso mi padre está equivocado. El Moro me aceptó y quizá lo que viví haya sido la felicidad, pero una felicidad de un solo tiempo, iniciada y concluida en el presente; una felicidad colmada y agotada en días. El Moro no me hizo feliz; fui yo quien me di esa felicidad. El primer día que salió y no regresó por la noche comprendí que él no tenía nada más que ofrecerme; que había salido de una especie de anormalidad que lo llevaba a mis brazos, pero que todo volvía para él a ser como siempre y quizá para mí también, en cuanto a él. Aunque estaría dispuesta a hacer todo lo que el Moro quisiera, nada me causa dolor por lo que ya no tengo ni tendré de él. Dicen que está enamorado, esta vez, de una mujer a la que apenas conozco. Pero no lo creo aunque se trate de la mujer de Micho Borrás, que es hermosa. Y no lo creo porque al Moro no le interesa que una mujer sea hermosa. También lo eran otras, sin embargo no las amó. Tampoco me amó a mí, y nada hubiera sucedido si no hubiese sido por mí. Pero esto no se lo puedo decir a mi padre, y menos después de su última humillación. No lo conoce bien, a fondo al Moro, por eso cree que quiso humillarlo y se sintió herido delante de otros hombres. El Moro entró en la barraca con pieles; yo cuando lo vi venir me encerré en la cocina con mi madre. Los hombres que estaban con mi padre callaron y yo creo que siempre ocurre así con los hombres donde está el Moro porque es demasiado inexplicable para ellos, además de ser hombre hermoso, con esa bondad poderosa de sus ojos que le permite ser dueño de toda su voluntad y tomar y dejar lo que quiere como si nada le pudiese ni quisiese dete-

ner, como si nada le estuviese vedado. Mi padre le tomó las pieles cuando quizá los otros hombres esperaban que no lo hiciese y se las pagó y el Moro sólo dijo:

—Gracias.

Y salió caminando lento, como es alto se agachaba un poco para pasar por la puerta. Yo sentía, encerrada en la cocina, esa enorme presencia y no es difícil suponer que los movimientos de los brazos y de las piernas del Moro eran los de un hombre impenetrable; porque sólo mirándole el rostro y los ojos se comprendían otras complejidades u otra total simplicidad de ese hombre. Pero mi padre no razona nada con respecto a él y no se si podrá soportar otra vez el hecho de que el Moro vuelva. La sorpresa ha pasado, pero no la humillación, y mi padre se ha transformado en hombre demasiado taciturno, sombrío.

Yo no me quedaré mucho tiempo aquí. Me sofoca el olor a pieles secas, a plumas, a esos restos exteriores de cadáveres. A veces pienso que podría ser feliz si el Moro me amara, pero no me ama y lo que deseo para mí, creo que debo buscarlo lejos de estas soledades verdes, de estas aguas donde reposan las garzas blancas; de este aislamiento con hombres y ganados, hechos al margen de los sueños.

ACTA DE NACIMIENTO

El Moro es hijo de Johan William y de la india Aracaquin.

Johan William tiene esos nombres: Johan William; vienen de lejos, de otro país, del extranjero. ¿De Inglaterra? ¿De Norteamérica?

Johan William descende de un abuelo William que mataba indios en el monte cuando se incorporaba —con otros inmigrantes—, como fusilero en el ejército de líneas sin obligación de hacerlo, por pura necesidad de expulsar a los salvajes de sus tierras; y también los mataba a los indios el abuelo William cuando sabía que habían acumulado pieles valiosas; entonces él apuntaba con su fusil y disparaba con su famosa puntería, y luego pasaba sobre los cadáveres y les robaba las pieles a los muertos. La abuela del Moro era Susana Mooreley, hija de Nichols Mooreley, compañero de fusil del abuelo William. Éste tenía también un nombre: Abraham William y lo revistió del esplendor de la riqueza en aquellas tierras increíbles. El asesinato de aborígenes era un mérito reconocido oficialmente, por lo general recompensando el sacrificio de matar indios con la condescendencia al juzgar otorgamientos de tierras libres de ellos. Pero también este William como aquel Mooreley era sensible a la vida de las indias y procreaba con ellas. Sus tierras se midieron según las distancias

de los arroyos, y de los ríos, y según los límites de lejanas lagunas, de lejisimos montes. A los indios, en la cantidad que pudieron, los mataron, y a las tierras las civilizaron poniéndoles vacas a pastaje bruto, caballos a discreción. Muchos yeguarizos se hacían cimarrones cuando mataban a los indios, que los habían robado en el sur o en Córdoba, y a Abraham William le apasionaba apoderarse de esos animales semisalvajes buscándolos en los montes cerrados y arreándolos con astucia. Eran mostrencos los más; una hermosa palabra para un hombre audaz. En esto también anduvo el padre de Johan William, que cometió unas cuantas barbaridades para contribuir a la grandeza del país, civilizándolo.

Johan William —padre del Moro— con sus hermanos, eran menos emprendedores, de modo que no hicieron más que conservar las tierras del primitivo William y en otro orden del patrimonio, les agregaron vacas y caballos, aquéllas por procreación natural y éstos por lo mismo, pero también por compras ventajosas o ganancia de juego. Los William no conocían la derrota, puesto que nadie se atrevía a derrotarlos. Johan era hombre atrevido, resuelto, distinguido por numerosos elementos propios de sí mismo, entre ellos el de ser hombre de alta estatura, como el padre, como el abuelo; era demasiado alto; no podía pasar inadvertido en ninguna parte por muchos hombres que estuviesen allí reunidos; por tener ojos azules, como el padre, como el abuelo; por parecerse totalmente a un extranjero, como el padre, como el abuelo, y no tener escrúpulos cuando de su propiedad en tierra se tratara, como el padre, como el abuelo.

El caballo moro de Johan William en realidad no era pura y exclusivamente de él, era de la familia William; era mucho caballo para un solo dueño en esos campos; pero él lo montaba con preferencia, y se lo tenía en la familia tácitamente

adjudicado. Tal caballo para tal hombre. Sobre ese caballo el tercer William hizo muchas locuras porque su condición natural era hacer locuras. En el inmenso campo que les pertenecía y aun más allá de lo que les pertenecía, dominaba no porque pudiera hacerlo por derecho, sino por su peculiar naturaleza. Pero lo alarmante se mostraba cuando este Johan William estaba montado en el caballo moro. Temblaban hasta los pastos, huían las alimañas, gritaban las aves, la tierra atronaba, el aire se estremecía. Desde allí arriba del caballo moro Johan William se enloquecía. No existían, ubicado sobre ese animal, barreras de ningún tipo para ese William. Enlazaba a diestra y siniestra a toda carrera del moro por el gusto de hacerlo y lucir su caballo y disfrutar de su habilidad; azotaba los animales contra la tierra al pialarlos, sin ninguna piedad si los quebraba. Le agradaba gritar en esos momentos, al aire libre y atropellaba por broma, a quien quisiera, enloquecido del poder de su fuerza y de su riqueza, en tierra y ganado, y de su incapacidad para comprender que no era inmortal. En el campo trabajaban peones a quienes trataba con desprecio por su origen y por la falta de capacidad para trabajar tan rudamente como él, con su resistencia y fuerza increíble. Sobre el caballo moro era peor que cualquiera de los peores indios que se hubieran conocido sin lástima por nada. Montaba en pelo y jamás iba despacio y el moro jamás se cansaba. Y elegía Johan William las tareas más dificultosas y agotadoras, prefería las corridas y las pechadas le llenaban de gozo.

Este Johan William de ojos azules e índole temeraria vio caminando por su campo, lejos aún de la casa y los árboles que la rodeaban, —a la que seguramente se dirigía— a Rosa Aracaiquin. Le clavó los talones al moro que dio un salto y se lanzó a la carrera como si no llevase a un hombre enorme en su lomo; William daba alaridos y re-

voleaba sobre su cabeza el lazo. La india no hizo nada por huir, porque en esa soledad era absurdo querer escapar del hombre a caballo lanzado a la carrera detrás de ella, peatona descalza y cautelosa, con un cielo claro arriba y campo inmenso abajo, por donde iba. Conocía además a Johan William. Pensó —como pensó también Johan William— que todo sería una de esas bromas —para Rosa groseras— que la gente humilde le soportaba. De manera que siguió caminando sin la zozobra de su carne, ni las vacilaciones de sus pies, mientras los cascotes del moro descargaban el ritmo de sus golpes detrás suyo, en la tierra. Rosa Aracaiquin de pronto vio y sintió su cuerpo apretado por el lazo de Johan William que reía a carcajadas, desafiando su inocencia. Luego él tiró hacia atrás su brazo: la india cayó al suelo, enlazada.

Lo que sucedió después no hubiera sido excepcional para Johan William si Rosa hubiese tenido distinto comportamiento; pero ella no se opuso a nada, ni dijo nada después, y cuando él se levantó del suelo aún desconcertado por su victoria, del suelo, ella permaneció acostada mirándolo con mansedumbre, con una ternura que no había visto nunca en ojos humanos. Ella no se movió de allí, aun cuando Johan William quiso sentirse ofendido por esa dulzura, y retornó donde el moro, meditabundo en el paisaje, lo esperaba, manso, sin bravura, como Johan William cuando volvió a montarlo.

La india no continuó caminando hacia donde iba, retornó por el campo hacia el oeste, donde su gente, entre Saladillo y bañados, porfiaba por conservar su derecho a vivir. El niño que le nació después, tenía ojos azules, la piel oscura en todo su cuerpo y su rostro, que era armonioso y de rasgos suaves; sus cabellos, negros, como sus pestañas desmesuradamente largas. Crecía como los árboles, sin nada que lo atajase por arriba.

VIRUELA Y LÁTIGOS

Hombres y mujeres —pocos indios y muchos criollos—, con sus hijos, sus caballos, sus chuzas y vestimentas, se establecieron, años tras años en los campos dados en merced a los pobladores inmigrantes; detrás del rancharío se extendían los montes hasta donde se labraba la noche y se enjoyaba de estrellas, y por delante la tierra de pastoreo interrumpía su inmensidad en la ribera del río y sus arboledas. En esa parte de llanura se afincaron los propietarios, que no tuvieron que huir de nadie y vinieron a quedarse en esas tierras y a cambiarle con el tiempo la cara a la gente en esa parte del mundo. Cerca de la ribera donde brama la corriente si es tiempo de eso, o donde se adormecen las aguas en bajante, construyeron también viviendas los aborígenes, sin sellos ni registros. Vientos, soles y lluvias deterioraban techos, paredes, puertas, ventanas; pero nuevamente se amasaba barro, se cortaban pajas, se secaban cueros, se cortaban troncos, para que todos estuvieran allí guarecidos, inmersos otra vez en el lento desgaste que obra el tiempo, y en los días de procreación y en los de muerte.

Los William, los Mooreley, los Mac Lean, los Callighan y demás; los que tenían en sus venas sangre de extranjeros, eran dueños de esos campos

donde alumbraba de madrugada el sol y donde se ocultaba al anochecer, de tan extensos, en la lejanía. Las viviendas de reparo de los aborígenes, aisladas unas de otras primero, más cerca propagadas después, abrigaban y multiplicábanse a su amparo las tristezas. Allí en el rancharío vivía Rosa Aracaiquin con su único hijo, de ojos azules; vivían ancianos lisiados, viejas ciegas, jóvenes taciturnas, hombres impenetrables, oscuros de pelo y piel y por cada una de las puertas —a menudo sólo un cuero— los niños salían a vivir a la intemperie. Rosa Aracaiquin, mustia, ensimismada en el recuerdo de lejana violencia, con su hijo y con el hombre que vino a ella después, era parte de ese apeñuscamiento tribal de viviendas. Allí fue donde estalló la peste de viruela cuando el Moro era niño; allí comenzaron a supurar corroídos los rostros de algunos aborígenes, envenenada la sangre poseída por el virus. Los vientos llevaban lejos las noticias de tragedias y los vientos llevaron alarmas de la peste, de la viruela maligna que carcomía pustulosa, músculos y sangre en las viviendas, en las ranchadas de los criollos, de los indígenas desvalorizados por el hambre, la desnudez, la enfermedad que ahora los devoraba. Eran ellos como paja seca que propaga fuego; cuerpos que difunden la muerte; alientos que la echan a rodar hacia todos los rumbos, respiradores de viruelas; llantos y salivas de llagosos, excrementos y orines de virulentos. Allí todo fue peste y muerte; peste la voz, peste el movimiento de los cuerpos, y de las manos; en los ojos, peste; viruela en los nombres; en las piernas viruelas; en las bocas viruelas y en los ojos las pustulencias y el horror de la muerte. Allí Rosa Aracaiquin sin ya el recuerdo de violencias moría de peste, de la peste de la viruela, con su hijo de ojos azules mirándola estertorar, inválida del alma entregada al hecho final de su naturaleza, y al lado suyo, el cadáver de un hombre,

tirado en el suelo, sin ningún sentido para ella. En otras viviendas, ancianos casi lampiños y melenudos crispaban sus manos matadoras antaño de hombres o de animales, encogían sus pies caminadores, aflojaban su cabeza y morían sin esperar nada de ningún dios, sin temer ya a ningún demonio. Morían de peste, de la peste de viruela o morían de la piedad de la viruela que los hacía yacer sin fuerzas para comprender que se morían, que se apagaban, que se desalentaban y se entregaban al misterio de no ser nada.

Rosa Aracaiquin de esa manera moría mientras la peste se ahondaba en su cuerpo sin sustancia ya donde persistir, y lo que era muerte o virus de muerte salía al aire, a la luz para hacer su labor de destrucción en otros cobijos, en otras viviendas donde alguien aún no hubiera hecho el cuidado de comprender que la muerte estaba cerca de allí, vestida de tétrico, vestida de la malignidad de la viruela negra. Muchos aún eran testigos de esas muertes metidos en las viviendas, sin abandonarlas; otros aguardaban que el horror pasara, se aglomeraban a la intemperie con sus hijos, aún vivos, para esperar que la muerte no los tocara.

Cuando los William se enteraron de que moría la gente refugiada en sus campos en la ribera del río o lejos, en los fondos donde el ganado mugía al anochecer pastando en lo último del horizonte; cuando llegó a ellos la noticia de que los cadáveres comenzaban su labor de arraigo, podridos, en la tierra, dieron su alarma a los otros, a los Mac Lean, los Callighan, los Mooreley y demás. La viruela maligna era para ellos la que busca los rincones de la miseria, las carnes flacas de los párvulos, de los jóvenes; los huesos duros de los viejos, las nervaduras de los hombres altaneros y rencorosos trabajadores de mala gana en sus ganados, hábiles en la caza, duchos en los robos de yeguarizos, peligrosos ahora enviruelados. Y los dueños de los

campos montaron sus caballos, conservaron en sus manos los látigos y en el corazón la piedra dura del desprecio a los que habían nacido en la tierra de sus ancestros, en los montes y ahora sembraban la peste. La viruela era una injuria de la miseria escupida en sus rostros sonrosados de hombres laboriosos en tierras inmensas y haciendas innumerales acopiadas con marcas por la riqueza y su capacidad de pago y sin marcas por el valor y los fusiles de los abuelos.

A caballo montados, en marcha de guerra todos ellos e hijos de ellos fueron a expulsar a los apesados, arreándolos a los de a pie y a los de a caballo, sacados de sus viviendas o traídos desde los montes. Johan William disfrutaba la voluptuosidad de montar su caballo moro como en sus mejores días de arbitrio sobre los hombres, en esta hora de miedo a la peste y de crueldad. Los caballos llegaron hasta el caserío de los enfermos fétidos; sus jinetes golpeaban el aire con sus gritos en medio del silencio del universo y de los miserables que morían.

Johan William llegó hasta donde las viviendas infectadas, rotundo de rigor nacido en el cubil de recóndita alegría; placer de ejercitar esa faz de su naturaleza atropelladora de hombres, y como él estaban fieramente regocijados los otros jinetes que desde arriba de los caballos ordenaban que la gente saliera al aire, abandonara las viviendas. Y de ellas salían hombres, mujeres o niños azuzados por los saneadores asustados y feroces, fuertes en las tierras de sus dominios. Cuando era abandonada una vivienda Johan William tea en mano le prendía fuego a las pajas del techo y la hoguera comenzaba primero despacio, vacilante, luego se ampliaba y emprendía sus movimientos con ardor, y trepidaba y levantaba llamas y chispas y humo y la devoración de la materia ocurría ante la mirada humilde de impotencia y abandono de hom-

bres o mujeres que la habitaran. Los incendios comenzaron así. Salían —huían— de las chozas; algunos eran ayudados para que no cayeran a tierra golpeados por las últimas debilidades de la sangre. Y seguían los dueños de la tierra, los dominados por el horror a la muerte, incendiando ranchos.

Johan William prendió fuego a una choza sabiendo que en ella habitaba Rosa Aracaiquin, pero la incendió con presuroso temor; de ella salió un niño, de ojos azules. Johan William bajó del caballo, lo alzó en sus brazos y volvió a montar para seguir con los otros jinetes que incendiaban, que hacían la limpieza por el fuego, y el éxodo de sus dominios en tierras, río, arroyos, cañadas, esteros y ganados. Johan William a pocos metros de allí, desde arriba del moro vio el cadáver de Rosa Aracaiquin, muerta de viruela; los cabellos entre los pastos, los ojos abiertos hacia el cielo, comidos por las pústulas los párpados, los brazos al costado de su cuerpo, las piernas encogidas en la última y trágica violencia de la muerte. La observó un instante pero luego espoleó con fuerza las ijadas del moro.

Con lo puesto sobre sus cuerpos, con la única protección de los misterios de la vida y de los odios, caminaron todos los expulsados. De cuando en cuando volvían —caminantes y hombres arreados sobre sus caballos— sus cabezas para ver las llamas que envolvían sus chozas devoradas por el fuego. Johan William nunca miró hacia atrás, y para no ser distinto de los Mac Lean, de los Mooreley, de los Callighan y demás que se mantenían en el entusiasmo de su dureza y decisión, bajó del moro al niño y lo hizo caminar, como caminaban los hombres y las mujeres dejando a la peste y a sus muertos detrás. A veces Johan William observaba a ese niño de ojos azules que caminaba casi tocando las patas de su caballo, sin llorar, sin desaliento, serio, sin nada en el rostro que le hiciese

sentir que ése era su hijo nacido de Rosa Ara-caiquin.

Años después confundía a veces los recuerdos de esos hombres expulsados de sus viviendas incendiadas que caminaban, y de las mujeres que los seguían, con detalles de un relato, de un viejo relato del abuelo William, escuchado cuando él, Johan William era un niño:

"Traíamos —decía el abuelo William— desde los montes seis indios prisioneros atados con tientos las manos a la espalda. Las chinas los seguían caminando lúgubres. Cuando llegamos al Fuerte Romero, después de dos días de marcha, nosotros a caballo, ellos de a pie, nos informamos que allí se habían acabado los víveres y entonces fusilamos a los indios. Alas indias —que lloraban— se las dimos a los soldados que las pidieron."

LA ISLA Y EL MORO

La vida del Moro tuvo su ligamen en alisos, sauces, seibos y laureles y en los matorrales de la isla, que pujan por sepultar entre hojas y ramajes embrollados la sensible humildad del techo, de las paredes, de la puerta y el fogón huérfano de hogar, y librados a vientos y lluvias y sutilezas destructoras de la intemperie. Allí en medio de la feracidad capciosa de árboles y yuyales el ir y venir del Moro —a caballo o a pie— trazó senderos; unos llevan a esteros, otro conduce a la orilla explayada del río, arenosa, en la que la industria persistente de inundaciones y crecientes ha reducido a nivel de llanura la ribera desde donde —cruzando el agua la mirada—, puede verse la barranca opuesta, alta, lujuriosa de vegetación respetada por las corrientes rápidas del río a favor de amplia curva del cauce que la salva de erosión y desmoronamientos.

El Moro ha elegido allí su refugio y es por ello casi un hombre sin domicilio desde que los pájaros que anidan en los alisos o en sauces y laureles, o guarecen en sus aleros apenas si viven en algo mejor construido: hombres y pájaros, rancho y nidos en la isla de nadie. El Moro es un ser de la naturaleza en esos tupidos ramajes, en esas verdes tempestades de olores a hojas y flores salvajes.

Desde allí, cuando necesita alimentos, sale a cazar o a pescar. El Moro no compra lo que come; no comercia con las necesidades de su carne y sus huesos, de sus pelos y humores; se lo gana a la tierra y al agua, de los bichos que sustentan. Y sólo merca pieles y cueros para adquirir sus propios vestidos: cambia el vestido de los animales silvestres por vestidos elaborados por el hombre para el hombre. Está ligado al comercio nada más que por eso. El río y los esteros —así como cuando vivieron sus antepasados indios— tienen más de lo que necesita para ser hombre satisfecho y solo, reflexivo e insondable. Se guarece en su rancho con el universo a sus pies, poderoso en el dominio de su propia vida y libre en una sociedad que hasta ahora, no pudo meterlo en sus penurias y miserias, en sus terrores y angustias. El Moro en la isla es tan hermoso como un aliso —su hermano— como un sauce —su hermano— como un monte fragoroso —su padre ancestral—, y tan esplendoroso como un laurel. Pero eso es misterio de sí mismo, porque lo que se sabe de él no es su intimidad con los árboles —que se intuye— y los pájaros —que se sospecha— y bichos de toda especie que transcurren en la isla. Allí nadie penetra sus verdaderos misterios. Existe en eso un dominio que está fuera del alcance externo, fuera de toda tentativa de ser compartido, ni siquiera por las visitas ocasionales de alguna mujer que no se resigna a esperarlo para sentirlo apretándole el cuerpo. Lo demás, y quizá eso mismo también, es comunión del Moro con la soledad de la isla. Pareciera despreciar la cotidianía de la gente que se desvela por necesidades para él desdeñables; por las vanidades condenadas al menosprecio desde lejanías bíblicas.

Nadie sabe bien qué piensa el Moro, pero vive de una manera que obliga a reflexionar sobre la conducta de los hombres que él conoce y que le

franquean sus puertas y hasta se alejan de sus mujeres para no sentir la vergüenza de su inferioridad y el Moro los compadece sin que se le mueva un músculo del rostro, sin aflojar la reciedumbre de su cuerpo, ni ablandar la mirada, muerta toda sonrisa y lástima en su boca.

De la isla sale en canoa e incursiona por los alrededores cuando le apuran sus deseos o busca donde la gente se reúne, lo que no es posible saber estando allí. Él es un gran silencio, un magnífico silencio, quizá una estatua viviente, ardorosa y refrenada y humana de humanidad desconocida. Él es quizá —nadie lo pudo explicar— una fuerza sublimada del instinto o una ruda evidencia exterior de dulzura que ennoblece a las mujeres que abraza y lo idolatran —lo paganizan— y desarma a los hombres ofendidos.

Desde la intrincada labor de la naturaleza en la isla, verde y fresca o ardorosa y fecunda a favor de la humedad y el sol, nutrida de cantos y sin que falten sigilosos movimientos de serpientes, el Moro observa la vida. Nada aparenta unirle a nada referido a su nacimiento e imposible es mirarlo y suponerlo mortal. Nada hay en él que fuese propio del amor o privativo del odio. Manantial de indiferencia, sólo porque fluye parece vivo, y surgente de hombre. Al Moro nadie puede analizarlo, todos pueden imaginarlo. Allí en esos parajes donde es más común morir de una puñalada que padecer un razonamiento, las únicas que entienden al Moro, pero nada dicen de él, son las mujeres. Los hombres se achican de insignificancia a su lado, las mujeres se agrandan, se sienten hermosas y deseadas, elegidas, predestinadas al amor. Lo intuyen, una fuerza feliz de la naturaleza. Y eso no lo entienden los hombres, por eso también hay quienes lo odian. Otros se resignan a ser afrentados, escarnecidos, vacíos de rencor, aceptándolo como un

hecho demasiado grande y sorprendente para medirlo con aborrecimiento.

En la isla atravesada de aguas dulces, olorosa a vegetales muertos, a crecimientos nuevos, a flores vivas en primavera, afelpada de yuyos o repelente de espinas, isla no destrozada aún por la civilización, el Moro anda o sale de ella como un renacido y solitario cacique dominador de tierras y hombres cuando aún eran fuertes y arraigadas las tribus de donde en parte él procede pero de las que no tiene memoria.

LA MUJER DE BORRAS

La claridad ya había penetrado en el rancho, primero por debajo de la puerta entre la tierra y la madera, luego por intersticios de la paja del techo ajustado en lo alto de las paredes; la ventanita protegió a la poca sombra que aún impedía a la mujer ver bien a su marido cuando se levantó de la cama y comenzó a ponerse la camisa y pantalón. Pero él no se fue enseguida. Volvió junto al lecho y se sentó en el borde mirándola. Ella adivinaba que él estaba agotado, y sonriendo. No abrió los ojos; no quería mirarlo después de todo lo ocurrido con esa vehemencia extraña de calentura que la desbarató en el lecho, y menos aún ahora que la luz intensificaba su penetración en el rancho y podía él —suponía— verle en los ojos abiertos el rostro hermoso del Moro. Porque todo lo que se desató en ella con tanta pasión en la noche, no fue por su marido Micho Borrás. Ella sabía bien que era una fuerza más poderosa que toda otra que la dominara en su vida, joven, es cierto, pero bien experimentada en las penurias, en las conversaciones, y las alegrías vividas entre hombres y mujeres de su conocimiento.

Sentía la mirada de Borrás en su cuello y en sus hombros descubiertos y en las insinuaciones de sus senos, pero no deseosa ya, sino absorta, y él estaba

orgullosa de su inusitado poderío. Le oyó decir lo que ella ya había pensado:

—Estuviste muy mujer, Elena —dijo observándole las ojeras, oscuras.

—Y vos muy hombre... —mintió, o no mintió ya que se reservó lo inconfesable, y agregó:

—Andá, Borrás, se te hace tarde.

El esperaba algo cariñoso de ella esa madrugada, algo dulce: una sonrisa, una caricia en la cara, un beso, pero ella volvió a decirle adusta:

—Andá Borrás, se te hace tarde.

Todo lo dijo con los ojos cerrados, de perfil en la almohada. Oyó cuando él abrió y cerró luego la puerta y lo imaginó irse a su trabajo de pajarero, como todas las mañanas desde que había comenzado a madurar el arroz y eran silenciosas las madrugadas puesto que cesaron de funcionar los motores de la bombas en la barranca del río y se abrieron las taipas para que saliese de las arroceras el agua.

Micho Borrás respiraba aire seco y felicidad en la madrugada pisando descalzo la tierra del patio o encendiendo fuego para calentar agua.

Las bandadas de patos en nutridos escuadrones veloces cruzaban el cielo desde las islas del Paraná y se largaban allá lejos donde los estampidos de petardos los ahuyentaban del arrozal. Ya habían comenzado, levantado el sol, las bandadas de pájaros negruchos voraces a cubrir de nubes ágiles, oscuras, a ras de las espigas, amplios espacios o se elevaban y luego descendían, desaparecían como caídas de pronto y metidas en lo hondo de las plantaciones agobiadas de espigas. A cada estampido destinado a los patos depredadores en el fondo del campo, volaban en cambiantes formas las bandadas inmensas de pájaros pero siempre para caer otra vez sobre las espigas. Era la hora en que Borrás debía estar allá, ahuyentador con escopeta y matador. Pero él se demoraba esa mañana. Algo ha-

bía cambiado en su mujer, algo que se hizo ardiente, casi devorador pero que a él lo agrandaba y deslumbraba. Volvió a entrar en el rancho, feliz.

—Andáte, Borrás, se te hace tarde, —insistió la mujer, ahora sí con los ojos abiertos y lo vio salir de al lado suyo, la espalda breve, el cuello largo, las piernas —arremangados los pantalones— flacas, en una mano la escopeta, en la otra el cinto con cartuchos. El era nada más que eso en conjunto. En la arrocera los negruchos devoraban el arroz de las espigas. Cerró Elena otra vez los ojos. No le mintió porque no le habló a él cuando le dijo: "Y vos muy hombre".

Sucedió la tarde anterior y su vida se abrió a a un mundo nuevo, desconocido e inimaginable hasta ahora para ella. Es cierto que nebulosamente lo había presentado, pero ella nunca lo había visto al Moro, hasta entonces; ni como las otras mujeres —las de aquí cerca del río o las de allá de los campos de arroz o de ganados— había confesado que a veces sentía cierta ansia o curiosidad intensa cuando oía alguna conversación de hombres o veía los ojos absortos de algunas mujeres cuando lo nombraban al Moro. Así fue: ella se acercó al alambrado del camino para colgar ropa lavada. Allá lejos al caer la tarde y ensangrentarse en el sol, se oían los estampidos de escopetas y petardos; veía los yuyales y los árboles en torno y un olor nutrido de pastizales y hojas que un viento remoto trajo al pasar, llenaba la vida del verano en su ocaso, declinando. El caballo que veía no era más que la rutina del camino. Pero se detuvo y a ella le dio un golpe de sangre en la cara cuando vio al hombre que echó pie a tierra allí, cerca de ella y quedó quieto parado con su caballo tomado de la rienda. El azul oscuro intenso de los ojos del hombre la arrebataron de dicha inesperada. La cabeza del hombre llegaba al nivel de la cabeza levantada

del caballo. Sólo vio primero sus ojos y un silencio profundo sumergió en su abismo a la tierra, aunque allá lejos, intermitentes, los estampidos golpeaban el cielo. Ella quedó con las manos tomadas del alambre, y luego lentamente acomodó hacia atrás sus cabellos, sin dejar de mirar a esos ojos y sus manos se movían lentas, los brazos hacia atrás alzándose la exuberancia del busto. No habló ni dejó de mirarla el hombre y de pronto un viento de alegría —¿o de dolor?— comenzó agitarle a ella el pecho, apretarle la pollera en los muslos, a levantarle el alma y arrebatársela y sacudírsela en lo dramático del pasto duro, de la tierra seca, de los perros flacos, del charque colgado, del rancho oscuro, en una nueva soledad de encantamiento de su vida.

El hombre sin embargo no tuvo nada que decir —parece— y silencioso volvió hacia su caballo la mirada, saltó sobre él y al tranco siguió la aparente rutina del camino. Pero ella supo que alguna vez volvería, lo supo en ella misma, y lo miró irse, lo miró alejarse, lo miró hasta que se confundía en los árboles lejanos y con su imagen las copas eran más verde e inmensas.

—Ése es el Moro.— pensó, pero luego no le contó nada a Borrás, no podía hacerlo sin riesgo de que él sospechara su ansiedad.

Por la noche, acostada con Borrás, le sucedió a ella esa locura.

Ahora se levanta de la cama. Su marido ya ha penetrado en la arrocera y a veces distingue entre los disparos espaciados, el estampido de la escopeta calibre 12 de Borrás, pero no puede imaginarlo a él; ni puede recordarlo en sus brazos en la noche recién muerta por la luz. Un profundo borrón le desgarró el alma y no quiere pensar que a medio día volverá a ver los pantalones arremangados, las

piernas flacas, el cuello largo y el rostro equivocado de felicidad de Borrás. Tampoco quiere pensar en las horas que vendrán después con la noche, porque ya nada volverá a ser como antes, ni siquiera lo será ese pobre consuelo que eran las caricias de Borrás. Desde ahora lo estará esperando el Moro.

LA CAÍDA DE BORRAS

Micho Borrás está sentado bajo el naranjo, en la silla de totora; le rodea el menudo fogueo de las luciérnagas y el zumbar de mosquitos. Se golpea con los puños las rodillas, una y otra vez.

—La puta, la muy puta —dice inconsolable.

Quisiera levantarse y correr y gritar a todos los vientos que su mujer está allí adentro, en el rancho, con el Moro, pero todo eso es ridículo y se golpea las rodillas una y otra vez, simultáneamente con los dos puños, mirando la puerta por donde entró primero el Moro y después Elena, mientras él, Micho Borrás, estaba allí parado inmovilizado de estupor, destrozada la voluntad, plantado en el piso de tierra, aceptando lo que veía, más fuerte era que todas las fuerzas juntas que haya visto alguna vez desatarse en los aires borrascosos del campo, más aplastante que el cielo venido abajo, imposible de impedir. Ni el Moro ni Elena parecían ellos cuando entraron, ni Borrás era él cuando los miraba entrar.

No se mueve de su silla y se golpea las rodillas huesudas con sus puños flacos, con sus dedos cerrados, sus dedos de apretar culata de escopeta y apretar gatillo que ahora no le sirven más que para formar puños impotentes.

—La muy puta...

Pero se siente incapaz de pararse, de echar abajo la puerta a patadas y hacer cualquier zafarrancho con su escopeta de peón pajarero en la arrochera atestada de aves voraces. No lo hará, sabe recónditamente que no lo hará; no obrará desbarrancado como está en un consentimiento que es más evidente que su rebeldía caída en su propia debilidad; que su amor propio desvanecido por la presencia del Moro y la caliente mirada de su mujer. No hará nada, se ha entregado ya sin que, sin embargo, sienta cobardía, a la fatalidad irresistible del Moro. Se siente una víctima insignificante y quizá todo eso es porque admira al Moro, dueño ahora en su rancho de Elena mientras él deja de golpearse las rodillas, se levanta y se aleja no sabe si para no volver o para disminuir la culpa de su consentimiento. Porque, por momento confunde la manera que tuvo de comportarse Elena, que fue como practicando un rito antiguo y fatalmente necesario que se tuvo que cumplir cuando el Moro la miró y comenzó ella a perderse en el ardor de sí misma, y cuando el Moro fue hacia la puerta ella lo siguió, no para hacer lo que ahora están haciendo, o por lo menos ella no pensó en eso; pero en el instante en que el Moro entró en la pieza y ella detrás, sintió que ya no se pararía ante nada y sin que él se lo pidiera cerró la puerta y le puso tranca, olvidada de Micho Borrás que quedaba afuera, y de todas las cosas vivas o muertas ahora y siempre sobre la tierra. Claro que lo estuvo esperando al Moro, y sabía que el Moro no hablaría y haría exactamente lo que hizo para que ella perdiera toda la noción de las circunstancias y lo siguiera y cerrara la puerta sin importarle lo que vendría después. Llegaba justo al punto culminante de su necesidad de gozo de su cuerpo esplendoroso en ese momento de seguirlo al Moro y ya no se detendría ante nada, ni ante la muerte, ni tampoco Borrás sería capaz de hacerle nada que no sea buscar su propio des-

lumbramiento en ella, así tuviera que revolcarse en el suelo para disfrutarlo otra vez como comenzó a hacerlo la noche de su felicidad equivocada —porque ahora todo estaría claro— y la madrugada que le miró las ojeras profundas y el dulce abandono de su cuello y de sus senos sosegados.

Las luciérnagas suben y bajan sus luces diminutas y a veces, desde el río, llega el ruido del coletazo de un pez, de un pez cazando en el agua oscurecida en la noche. Micho Borrás está convencido de que carecerá de fuerzas para maltratar a su mujer, para arrojarla en el suelo y pisotearla o escupirla; para sacudirla del cabello y vituperarla, porque siempre estará entre él y ella la imagen del Moro más allá de toda culpa, irresponsable, inocente, poderoso y puro como un padrillo; reprochárselo sería absurdo como sería reprocharle la vida al ser que vive, la muerte al que muere. El Moro no es ya para Borrás estrictamente un hombre, al que se lo pueda vituperar, denigrar y sin embargo comienza a sentir odio, un odio que se le mete poco a poco, pero con el que no se atrevería a envenenar la boca de su mujer, ni a rozarla siquiera con la palabra, porque Elena, magnificada como hembra, no cabe —por más que se la repita— en esa palabra sin sentido que le sale huérfana de convicción por los labios. A esta altura de la noche con la puerta aún cerrada en el rancho, no podría ya decir la palabra "puta". Le perdió el sentido. Estaba ocurriendo un derrumbe o un rescate tenebroso de indignidad en Borrás. Y él lo siente a medida que se aleja del rancho para no ser testigo cuando el Moro salga y salga detrás de él su mujer; para no ser testigo o para no afrontar la presencia del Moro, desarmada la voluntad, entregado el consentimiento, inepto para hacer algo, como no sea ape-

lar a sus recursos de humanidad y no acusar a Elena y aceptar al Moro, como una incontrastable fatalidad de la naturaleza que pierde a las mujeres y denigra a los hombres.

Cuando regresó Borrás vio la puerta abierta. El Moro no estaba. Su mujer tenía, afuera, un mate en la mano. Él se detuvo a mirarla y fue cuando ella comenzó a llorar despacito y se sentó junto a la puerta, se pasó el dorso de una mano por los ojos sombreados otra vez de profundas ojeras que causaron daño a Borrás. Ella se levantó, cebó otro mate y Borrás sintió también que dos lágrimas se le rompían en los ojos, lágrimas de sufrimiento iguales que aquellas de su adolescencia no tan lejana, que virtiera cierta vez, por Elena también, y le bajaban a su vez por las mejillas curtidas de sol, de intemperie, de trabajo; eran otra vez lágrimas de perdón pero distinto ahora, eran dos lágrimas irremediables.

Aceptó el mate de Elena y con eso cayó en lo más hondo su consentimiento. Desde allí supo que ni siquiera la ignominia podría separarlo de su mujer. Fue testigo y calló, fue víctima y aceptó. El Moro se había apoderado con mesurada energía, y armonioso poder, de lo que quiso.

—Parecen cosas del demonio.

Embrujado o cosas del demonio lo cierto es que Borrás se sometió a la facilidad de consentir y no oponerse, aunque el odio al Moro comenzaba a comerle las entrañas.

EL REGRESO DEL VALETÓN

El bálago es extensa alfombra rural amarilla en el campo donde ya fue trillado el arroz y donde caballos y vacas fueron introducidos y a patas embarradas se procuran alimento en los rastros calentados por un sol de marzo que persiste en prolongar los rigores del verano. Dejaron de oírse los estampidos de escopetas; la patillada y los negruchos no se ven ya allí donde las cosechadoras han llenado de ruidos la tierra y el viento, rugiendo sus motores; se han ido las aves a torturar los sueños de otros arroceros, hacia el norte, que tienen agua en sus campos por no encontrarse en estado de hacer que se seque la tierra para que entren en el final de su madurez las espigas.

Pero la escopeta de Borrás está silenciada, abandonada en un rincón de su pieza, durmiendo su antigua riqueza de estampidos. Ahora sin embargo él está recorriendo el valetón que todavía tiene agua, de la que arrojaran las bombas del río, y obstruye Borrás con tierra los canales por donde podría correr hacia los campos con defensas de taipas, en caso de lluvias torrenciales, cuando aún falte cosechar arroz. Con los pantalones arremangados y descalzo anda Borra pala en mano, demorándose. Ha visto desde lejos el caballo del Moro atado a un naranjo de su patio.

El vivo diálogo con su mujer antes de salir a la arrocera, está presente, arraigado en su pensamiento como si fuere necesario repetírselo continuamente para convencerse de su realidad.

—No sé que te pasa a vos, Elena, con el Moro. ¿Acaso no sabés que no es hombre para quedarse con una mujer? Si fuera así, andate nomás, que ésa no sería una cuestión entre nosotros. ¿Te quedás callada? Hablá pues, que si es tu gusto, hazlo nomás pero andate, que es lo justo. Te vas a ir ¿no?

—No, Borrás, no me voy a ir.

—¿Y entonces, qué? ¿Querés decirme qué es lo que pretendés entonces?

—Nunca me dijo el Moro que me defendería; nunca me lo dijo.

—Entonces me voy yo.

—No Micho, eso no, que es a vos a quien yo quiero.

—Aclaráme, Elena, eso, que no entiendo que es lo que te pasa entonces con ese hombre.

—Yo tampoco lo entiendo, Micho, y sé que eso que está pasando es demasiado para que sea para siempre entre un hombre y una mujer. Está pasando algo extraño y ya no me siento como antes, cuando todo no había sucedido y yo caminaba o me acostaba y cantaba y me sentía fresca y pura. Ahora estoy triste o dolorida y cuando estoy con él, me siento una perdida, Borrás, una sucia perdida, pero no es él, soy yo, Borrás, la que estoy ahora toda sucia, pero de eso me doy cuenta después, cuando ya se fue y estoy sola con vos.

—Entonces, tengo que matarlo al Moro...

Las bandadas de negruchos pasan de largo volando sobre campo trillado, con olor a humedad caliente; vuelan en el inmenso horno brillante del

aire a mediodía, y bajan lejos, donde todavía las cosechadoras no han trabajado y un festón límite de monte pone el único color verde en la mañana.

Micho Borrás camina despacio. No quiere llegar al rancho pero tampoco tiene otra alternativa. Carece de ese ciego coraje necesario para dramatizar la hora culminante de su vida y para llegar a la prueba trágica, ineludible después de lo dicho e impuesta por el destino.

Camina despacio por la tierra limpia y abovedada entre campos trillados. En las pantorrillas se le seca el barro. Va nomás a su casa, pero siente que no es su hora definitiva. Y lo siente con claridad, como si todavía le faltaran explicaciones de Elena o esperara lo imposible: una explicación del Moro. Pero eso no sucederá: le basta pensar en el Moro para que todo se le haga lejano, remoto y difícil de comprender. El Moro es inalcanzable, potente, limpio, sin engaño. El Moro es una evidencia viva.

Cruza Borrás el camino; en la tierra húmeda están impresas las huellas de dos pies grandes, inconfundibles. Entra en el patio; el caballo del Moro está allí junto a los naranjos, pero a él no lo ve, ni la ve a su mujer. Se acerca a la ventana pero no para quedarse allí sino para pasarla y llegar a la puerta. Pero sobresaltado, su corazón debe detenerse. Oye un murmullo adentro; ese murmullo quejumbroso que reconoce en Elena y oye un grito de ella. Ha gritado Elena y él, Borrás, por primera vez le oye un grito así y sin embargo instantáneamente lo reconoció como si desde la eternidad del hombre estuviese metido en su vida y ahora, sólo ahora, lo descubre en la voz quejumbrosa de Elena, hecha grito dichoso. Y Borrás huye. Huye atravesando el patio por los naranjos; huye hacia la ribera del río y comienza a caminar luego enloquecido de dolor, sin sentir sus pies, sin sentir su cuerpo como si todo él no fuese más que un solo dolor caminando en-

loquecido sobre el mundo. Así llegó hasta donde el ruido de máquinas en el molino arrocero trozaba el aire aserrándolo, mientras por la boca de la descascaradora el chorro blanco del arroz caía y se embolsaba. Allí se detuvo y allí tomó alivio donde los operarios hacían el inútil esfuerzo de hablar en medio del estrépito de las máquinas y todo el trajín de la industria.

Luego volvió a caminar en la soledad de la tarde entre campos donde la putrefacción de los vegetales y las aguas emanaban los olores del verano en las arroceras. Caminó para dominarse y volver a ser un hombre normal, un pobre hombre con su sufrimiento y su remota esperanza.

Inició el regreso al atardecer. Al llegar, Elena estaba esperándolo, con sus ojeras oscuras, sus cabellos sueltos, su vestido holgado, la piel de sus manos, ásperas, la piel de su cara, suave. Borrascas dejó que ella lo abrazara. Esa noche aceptó las cenizas ignominiosas del amor de Elena. Pero él le volvió a decir:

—Tengo que matarlo al Moro.

Y ella lo escuchó en silencio.

CERCA DE LAS BANDERITAS

Me acompañaba Nicanor Bongar y estábamos en Las Banderitas, que es el nombre de una estancia pero como allí se siembra arroz le dicen campo Las Banderitas, nomás, sentados en un boliche de mala muerte instalado a orilla del camino polvoroso en la tarde ardiente, y cálido, muy cálido el saloncito de nuestro descanso y refresco, por tener bajo el techo y sin cielorraso. Algunas moscas se empeñaban en irritarme posándose con insistencia en mi nariz, pero me mantenía sereno y distraído mirando a las otras que alternaban desde el borde de mi vaso con cerveza al del vaso de Bongar. Yo las espantaba con suaves movimientos de mis manos y lo mismo hacía mi amigo con las suyas, hasta que don Nicanor me propuso:

—¿Qué le parece si las dejamos quietas y cada uno se aguanta sus propias moscas?

Lo dijo riendo y ambos reíamos aún cuando vimos entrar a un hombre, alto. Yo estaba dándole el perfil de mi rostro a la puerta del negocio, de modo que miré sin demorarme en la observación. ¿Y por qué iba a detenerme para atisbar si nada hay de raro —hombres o cosas— en Las Banderitas? Eso creía yo. Sin embargo advertí que don Nicanor cambió de posición, primero sus piernas y luego su cuerpo sobre la silla, al tiempo que

rotaba un poco el torso para colocarse cara a cara conmigo. Por conocerlo muy bien colegí que algo había cambiado en el ambiente desde que entró ese hombre. Y efectivamente, hasta ese momento estuvimos casi sin hablar, muy entretenidos con los cargóseos de las moscas y sobreentendiendo ambos lo que haríamos luego, al irnos, chafados de calor. Algo o quizá mucho significó el ingreso silencioso del hombre, que no llegó hasta donde estábamos sino que se sentó a pocos metros de la puerta de entrada abierta como si quisiera estar junto al airecito que de cuando en cuando hacía mover en el piso una punta irregular de sombra proyectada desde lejos por un eucalipto arraigado en soledad milagrosa. Veía que a don Nicanor se le expandía el espíritu según se le ilustró el rostro como cuando alguna presión intensa de sus ideas hacía que me confiara sus pensamientos; sin embargo no necesité reflexionar para advertir que esta vez no hablaría como de costumbre y de ocurrir lo contrario preservaría para sí mismo asuntos juzgados con delicadeza. Con pausados movimientos y mientras yo hablaba, giré la cabeza y con ojo veloz abarqué toda la figura del hombre que perturbara brevemente a don Nicanor. Éste me dijo por lo bajo:

—Es el Moro, mírele los pies.

Comenzamos desde abajo, pensé mientras aspiraba el cigarrillo y expelía el humo; como evitando largarlo hacia don Nicanor, volví la boca hacia el Moro y soplé con suavidad, atisbándolo.

Eran grandes —efectivamente— aquellos pies; llamativamente grandes mas el resto de su cuerpo también lo era como para exigir el sostén de segura estabilidad plantal. Parecía todo él estatua, rígido, como tallado en quebracho viejo de madera oscura, y no distinguí bien el color de sus ojos, peso sí al cejo su nariz recta y sus cabellos largos, negros con nada que se parezca a indígena salvo

lo cetrino del rostro y cierto porte hierático que conocí entre viejos mocovíes.

No hubiera sido prudente observarlo y me quedé con las ganas.

Don Nicanor permaneció metido en su silencio y su cara tornó a su apacible armonía con la austeridad del ambiente como si el Moro fuese para él sólo excepcional de la misma manera que puede serlo un árbol demasiado alto y sobrado de verdes en esa llanura, o un toro vehemente de raza pura, o un agua profunda y límpida allí donde los ríos son turbios y los bañados ciénagas.

Espantamos por última vez las moscas y terminamos la cerveza de nuestros vasos. Habíamos pagado, de modo que nos fuimos, nomás. Al pasar junto al Moro miré sus manos: dos raíces desenterradas y vivas eran, asentadas en sus rodillas. Seguí caminando viéndolas aún, metida la imagen en mi pensamiento. Creí prudente no hacerle preguntas a don Nicanor. Luego cuando subimos al Jeep él me dijo:

—Por esos pies le conocen las pisadas al Moro en las orillas barrosas de los esteros y cañadas donde muy de mes en mes —dicen— caza. Es hombre con sus hechos, amigo.

—De sentado, don Nicanor, el Moro me pareció que es de gran altura si se pone de pie. Un derroche de envergadura, ¿no le parece a usted también?

—Yo lo he visto otras veces, y es como usted dice— agregó como queriendo abandonar el tema.

También lo quise dejar yo pero era evidente que don Nicanor estaba elaborando su silencio no para callar, sino para decir poco.

—Como raro, es raro el Moro —agregó muy medido—; es hijo de un inglés o norteamericano descendiente de los que poblaron Alejandra, estas tierras que serán muy lindas, no discuto, pero que

hasta ahora sólo sirvieron para afinar el sufrimiento de la gente.

—Me pareció, don Nicanor que cuando el Moro entró en el saloncito algo cambió de pronto. ¿No le pareció a usted también?

—Así es. Cuando un hombre tiene fama hasta los pájaros cuando lo ven parece que cantaran de otra manera.

—¿Qué fama tiene?

Don Nicanor no contestó enseguida; se fue a lo hondo de su silencio, y luego, muy luego, habló:

—Para mí, es un hombre triste...

Iniciamos la marcha; el motor del Jeep funcionaba con zumbido de bandadas de abejorros gigantes y a los costados del camino, liso, agradable para viajar, los chañares y aromitos limitaban montes que se extendían para adentro de los campos y todo aparentaba, más que imágenes para evocar fresca campestre y placer de llanura, el prelude quieto de las sequías.

Don Nicanor, a mi lado observaba ensimismado el camino; yo callé obstinadamente porque además cuando Bongar dice la palabra "triste", es porque invita al silencio.

MARÍA PAIKIN

—¡Tingo, no seas mal aprendido y escuchá bien a tu abuela si te querés hacer hombre! Primero y principal, limpiáte como es debido esos mocos, y después vení para acá y escucháme, Tingo.

La abuela de Tingo descansa su gordura estrafalaria en una silla rústica, debajo de los sauces que armoniosamente lloran con un fondo de cielo límpido, sobre las aguas del río. Ha vuelto a confiar en la veracidad del nieto "que ya no le miente", y Tingo ha adquirido, por eso y por ahora, jerarquía de chico bueno.

—Pero abuela, no me jeringuee todo el día. Usted es mi abuela, pero me jeringa mucho. No me deja quieto un rato.

—Ay Tingo, mejor no te hubiera oído eso que dijiste. Vení para acá, acercáte, respetá a tu abuela, y escuchála que es por tu bien, para que te hagás hombre.

Pero Tingo no se acerca a pesar de todo, porque la abuela es rápida para manejar el talero que siempre tiene colgado en el tosco adorno sobresaliente del respaldar de la silla.

—No me desautoricés con tu madre, Tingo, con esa pobrecita alma de Dios que ha vuelto con nosotros. Vení, Tingo, que no te quiero gritar el mandado, que tu madre duerme como una bendita.

Tingo, a pesar de su afectuosa manera de ser,

se empeña en mostrarse "mal aprendido", y prefiere permanecer lejos de la abuela y del talero.

La madre, María Paikin, efectivamente ha vuelto. Y está durmiendo a pesar de la hora, casi sin ropa tendida en la cama donde ha fumado, durante la noche, cigarrillo tras cigarrillo.

Cuando Tingo nació ella tenía dieciséis años. Él no conoció al padre, hijo de la abuela ("Es fastidiosa, la pobre, pero hay que aguantarla"); falleció cuando aún María Paikin le daba de mamar al segundo hijo, que murió. Luego fue la abuela quien lo crió a Tingo. María Paikin sufría miseria y soledad.

—Usted, mi hija —le aconsejaba en aquel entonces la suegra—, puede encontrar un hombre bueno que la proteja, a usted y a su hijo. Yo he perdido al mío, y estaré con usted, si quiere, y de no, me iré con mis pobres huesos donde Dios quiera. Así es la vida y hay que aceptarla. No piense en locuras, no se vaya que la ciudad no se ha hecho para las mujeres pobres y solas.

—Pero abuela, todo esto es una tristeza del diablo. ¡Qué hombre bueno voy a encontrar, si aquí no hay nada para una mujer que quiere ser gente! Con perdón se lo digo. Piénselo bien, abuela. ¿Qué me espera con los hombres de aquí, que son más pobres que ratas? Y cuando no son brutos abuela, con su licencia se lo digo, son sonsos...

—Bueno María Paikin, pero no te vayás, ése es mi consejo. Pero si te querés ir a la ciudad, yo me quedo con el Tingo. Eso sí. No te voy a permitir que te lo lleves. Es aquí donde se hacen los hombres. Hay sonsos, es cierto, y hay pobres y no es una vergüenza ni lo uno ni lo otro.

María Paikin se fue a la ciudad. Pareció olvidar-se de Tingo, de la abuela, de todas las cosas donde transcurrió su juventud. A veces la abuela de Tingo recibía una carta de ella cuya letra no era de María Paikin, y la hacía leer con alguien que

supiera hacerlo. Los años transcurrieron así. La abuela fue deformándose con su gordura irrefrenable, libre y dueña de tomar sus formas arbitrarias y se endurecía cada vez más en su método de educación a lonjazos que soportaba Tingo con humildad y a veces con rebeldía. Pero eso era pasado. Ahora María Paikin había vuelto deslumbrando a todos con sus vestidos, con su zapatos, con sus cabellos teñidos, con sus manos pulidas, con su boca pintada, con sus cigarrillos, con su caminar ondulante, con sus ojos de párpados a medio caer, con cejas depiladas prelijamente, con su delicioso olor a perfume.

Ella dormía poco de noche y profundamente de día. Amiga de la noche, ahora con rocío del campo; enemiga del sol, siempre molesto y dañino para los ojos.

—Qué quiere abuela, es la costumbre. En la ciudad es así. Se duerme de día, se trabaja de noche.

—¿En qué trabajás, María?

—Menos pregunta Dios y perdona, abuela. Usted no comprenderá nada de lo que le diga, querida, y quédese tranquila nomás.

—Ay, se me hace que eso en lo que trabajás no es nada bueno, para mujeres como nosotras.

—¿Qué mujeres somos nosotras abuela? ¿Acaso hay una mujer y otra mujer? ¿Acaso tiene que haber una muerta de pobreza y otra que viva de riquezas? ¿O una decente y pobre y otra decente y rica? No me hable de esas cosas, que aprendí mucho a vivir como se me raje el alma.

—Ya sé, María, ya sé de que se trata. Lo que no me gusta es que algún día digan que sos una loca...

—¿Loca? —gritó María Paikin con indignación—. Loca no, querida, puta a Dios gracias y no desgraciada muerta de hambre y miseria.

Una melancólica luz hacía que aún fuese posible ver las hermosas ramas de los árboles, algunas

desoladas por el otoño, otras persistentes en su amplitud y frescura; otras lánguidas, de los sauces, verdes, verdes lágrimas cayendo sobre el agua mansa del río. Y un cielo transparente iluminando el rostro de dos mujeres reconfortadas en la serenidad de un juicio eterno: vivir, es necesario vivir, nada hay más completo y definitivo que vivir, saber que lo que transcurre de nosotros es la vida, y amarla siempre, como que es vida, sin otra forma de amarla, sino porque es nuestra vida. Algún pájaro cantaba su tristeza, lejos de la primavera, y el aire nada traía, nada llevaba; nada entraba en esa soledad, nada salía de esa soledad donde María Paikin y la abuela de Tingo dialogaban.

María Paikin ha vuelto donde está su hijo y la abuela de su hijo. Aun no logró que para ella el día, con el sol, sea día, y la noche, con la luna, sea noche. Y de día duerme; de noche se desespera de soledad en el mundo oscuro e infinito con sus luciérnagas y sus murmullos y el chirrido lento de las cosas que buscan su acomodo.

—Vení para acá, Tingo. No me hagás que te grite, porque tu madre duerme. No seas mal aprendido, si querés hacerte hombre. Que si no hacés lo que te dice tu abuela, tu madre se irá de aquí, nos dejará otra vez solos, y nosotros no tendremos ya su ayuda, ni vos tus zapatillas nuevas, ni yo mi vestido. Vení, Tingo, que tenés que hacerte hombre y escucháme.

Tingo se acerca de mala gana y la abuela bajando la voz le dice:

—Andá Tingo, llegate hasta donde vive el Moro; decile que tu abuela lo llama; que lo necesita. ¿Me entendés, Tingo? Decile que venga que tu abuela lo precisa. Andá, Tingo.

María Paikin duerme en su pieza. A Tingo se le iluminan los ojos de alegría con el mandado de la abuela. Nada mejor para él que ser un muchacho

tan importante como para ir a hablar con el Moro, y hacerse un hombre, como quiere la abuela.

—Sí, abuela, ya voy ahora mismo.

Mientras Tingo baja la barranca del río, la abuela une las palmas de sus manos contra su pecho voluminoso y desea fervientemente que por su ruego, se derrame la bondad de Dios y ayude a vivir a las pobres mujeres de este mundo.

ACTA DE MATRIMONIO

—Don Nicanor, cuando estuvimos en Las Banderitas ¿se acuerda?, usted me dijo algo del Moro, no recuerdo bien qué, pero sí recuerdo que fue en esa ocasión cuando vi a ese hombre.

Al oír el nombre del Moro, Bongar pareció más interesado en escucharme; me miró con ojos atentos y rostro expectante.

—El mes pasado —continué—, estuve en los bañados del norte y allí por casualidad me enteré de que una mujer, creo que se llama María Paikin, es la compañera del Moro. Pero eso no es nada, además me dijeron...

Aquí sonrió don Nicanor y me interrumpió así:

—No le dijeron, usted anduvo averiguando...

—¡Cómo me conoce usted! Sí, es cierto, anduve haciendo preguntas.

—Y ahora también está con ganas de hacerme hablar del Moro; de lo que yo pudiera saber ¿No es así?

—La verdad, es así. Si no le molesta, le pregunto.

—Qué me va a molestar, amigo, si desde que nos conocimos lo más lindo que hemos hecho fue conversar y cazar.

—Bueno, le pregunto entonces. ¿Es cierto que el marido que tuvo María Paikin la compró a ella por dos bolsas de maíz?

Don Nicanor se puso serio, meditando o tratando de ser preciso en su respuesta, con la cabeza baja como mirando el suelo o las sombras que la débil luz de la lamparita proyectaba, quietas, en el piso de tierra de la cocina. Era una noche muy fría, y recién comenzábamos a beber de sobremesa, de manera que había tiempo de sobra para platicar antes de acostarnos para dormir, yo en la cocina donde estábamos y él en su pieza con su mujer.

Sonrió don Nicanor y dijo:

—Usted lo sabe mejor que yo, pero permítame que le diga esto: al hombre le gusta poco la verdad; prefiere torcer las cosas y allí está el origen de lo que inventa. A veces eso es un bien, otras veces es un mal que hace. Por una casualidad conocí a Florencio Paikin, el padre de María, porque ese hombre traía hacienda del norte, arreando, para la estancia y también conocí en ocasiones iguales a esa, al finado Fermín Vega que fue marido de María Paikin. Así es, amigo, un hombre que anda, conoce muchos hombres y haga de cuenta que al final conociendo bien a uno, los conoce a todos. Lo que usted me pregunta del pago con bolsas de maíz, es asunto viejo y fueron muchos los que lo comentaron. Creo que por aquí hay además hombres tristes y que a veces inventan motivos para la risa: están en su derecho a la defensa. Habrá observado que muchas desgracias se cuentan riendo ¿no?, bueno, ahí está, es una forma de defenderse del dolor.

Don Nicanor parecía olvidado del asunto que me interesaba. Serví vino; un cuarto de copa para él y otro cuarto para mí, puesto que no nos agrada ver una copa llena... pero tampoco vacía.

—Bueno, don Nicanor. ¿Que hay entonces de Fermín Vega y las bolsas de maíz que dio en pago por María Paikin?

—Lo que le voy a contar se lo oí decir cierta vez a Vega, cuando aclaró eso para que nadie opinara mal de Florencio Paikin y de él. Dijo que no, que

no la compró así a su mujer. Él tenía un pedazo de tierra que cultivaba, además de su trabajo con hacienda ajena ¿no? y como mensual. Pero sabía defenderse y hasta poseía una jardinera de dos caballos. Así lo contó. Con Paikin eran amigos y la conocía a María por haber estado varias veces en su casa. Era jovencita, la chica. Dijo que un día decidió unirse a esa muchacha. Cargó dos bolsas de maíz en la jardinera para entregarlas por un compromiso que tenía y de paso fue a visitarlo a Paikin con la intención que llevaba. Recuerdo algunas de sus palabras. Dijo que después de mucho conversar, se animó a proponerle a Paikin su unión con María, que era flaquita en ese entonces. Para qué nos vamos a engañar, allí todos eran flacos, de necesitados que andaban. Habló Vega de su bienestar y condición para mantener a la muchacha y a los hijos si venían, y de su modo natural de cumplir con los hombres. Si es verdad lo que oí decir a Paikin, Vega era hombre ponderado, por eso aceptó:

—Mirá, Vega —me contó que le dijo—, a los hombres como a los pingos se los valora cuando corren, y a vos te he visto correr bastante, así que esperáte, que llamo a la muchacha para informarla.— La muchacha vino, como sabiendo lo que pasaba.

—Che, María, aquí está Fermín Vega, que quiere llevarte con él de compañera y yo no seré quien para hablar por tu boca.

Ella quedó callada, mirando a un costado.

—¿Qué decidís, entonces? ¿Querés casarte con Vega?

Ella no respondía. Vega se interpuso:

—María, decí si sí o si no, que vos sabés que lo que te pido es para tu bien, que nada te va a faltar. Pero tu gusto está primero.

La muchacha se atrevió y dijo:

—Y bueno, sí.

—Está bien hija; andá, buscá nomás tu ropa y acompañálo a Vega.

Así pasaron las cosas. Luego Paikin vio las dos bolsas de maíz en la jardinera de Vega y le propuso:

—Che, Vega, tengo unos chanchos que están de más flacos; se me están acabando esos pobres animales porque les falta maíz para engordar. Regálame pues esas bolsas que tenés en la jardinera.

Y Vega se las regaló. Quizá Paikin no le quiso errar a la oportunidad. Pero las cosas fueron así, y así debe ser nomás. Pero mire un poco, después Paikin se reía y decía: Vega no calculó el peso de María y el peso del maíz; en eso salió perdiendo...

Lo que pasa es que estaban flacos de más los chanchos de Paikin.

—¿Fermín Vega murió a pocos años de casado?

—Eso se supo aquí. La noticia la tuve a raíz de que un conocido mío compró una jardinera en el norte. Decían que era la jardinera del finado Vega, el casado con María Paikin.

RECUERDOS DE MARÍA PAIKIN

Volví a ver a mi hijo Tingo, después de seis años transcurridos. Es un chico que no se parece en nada al que yo imaginaba; creció lejos de mí, con la abuela y no creo que ella le haya mencionado mucho a la madre, porque Tingo no tiene recuerdos míos y para él soy casi una extraña. Es más cariñoso con su perro que con su madre; ha convivido más con ese animal que conmigo, y lo conoce mejor que a mí. Es preferible que nada de lo que yo sufrí con él cuando vivía Vega, le haya quedado en la memoria, si es que alguna de las noches en las que a mí me devoraba el temor, Tingo pudo comprender algo de lo que sucedía. La abuela lo recuerda a Vega sólo en cuanto era el hombre que mantenía a la familia; a ella le parece que en todas las casas debe haber un hombre y yo estoy harta de los hombres. Los conozco demasiado. Ni siquiera con el Moro volvería a esclavizarme. Ahora el Moro parece todo lo que puede desear una mujer de estos campos para vivir en común, si es que consigo hacer que abandone la isla y vuelva al trabajo en las estancias. Pero eso a mí no me interesa; no me atrae nada ya de lo que fue parte de mi juventud en estas tierras, ni quiero hacer algo que vuelva a atarme a la servidumbre y al espanto o al recuerdo del espanto. Ya no me hallo a mí misma rodeada de caballos,

de vacas, de perros, de árboles y bichos salvajes. Tingo ya deja vislumbrar que no será diferente de la gente con quienes se crió y a las cuales imita; por lo pronto ya sabe nutrir y ha comenzado a someterse a las exigencias de los demás. La abuela lo tiraniza a pesar del cariño que le tiene. Ahora Tingo es despierto, sagaz, como eran todos los chicos que conocí en mi niñez y juventud, pero a los que volví a ver, los encontré hombres serios, jóvenes aún parecen maduros, hablan poco porque sólo saben hablar de caballos, de perros, de víboras, cuervos, caranchos y animales muertos. Es lo que los rodea. Algunos van descalzos como los he visto años atrás, forradas las pantorrillas con polainas de lona, las bombachas anchas percudidas, los sombreros negros quebrados el ala hacia arriba, barbijo en la nariz; sin un peso en los bolsillos, y todos ellos con látigo o talero en las manos y cuchillos en la cintura pero soportan con mansedumbre su condición. El Moro es distinto porque hay una fuerza rebelde en él, que se parece a la mía, pero yo me fui —ya que aquí no pude hacer otra cosa— y estoy por regresar a la ciudad. No soy mejor ni peor que nadie y nadie tiene derecho de juzgarme en lo que es mi destino. Yo sé lo que quiero, y algún día lo tendré cualquiera sea el camino por donde lo busque.

El Moro no sabe lo que quiere, y en eso soy muy diferente, y sin embargo nos parecemos en ciertos odios. Yo conozco lo que rechazo, lo que no acepto. Él parece que acepta todo esto, y que por eso mismo es fuerte, pero no es verdad y a él le falta descubrirla. Ya es tarde para que yo lo ame. A mí no me sujeta nadie más y menos después de estar con mi hijo y de saber que no me necesita. Para mí sigue siendo la criatura que dejé, al Tingo de ahora lo comencé a conocer cuando llegué de la ciudad. No es el Tingo querido que estaba en mis brazos cuando yo vivía horas terribles devorada

por el miedo. La abuela no sabe nada de cómo era Fermín Vega conmigo. Él me llevó de mi casa cuando yo era jovencita ignorante de todas las cosas de la vida. Lo acepté sin amor —porque veía hacer lo mismo a otras— y Vega no toleraba luego mi frialdad. Después que nació Tingo se puso malo. Antes cuando llegaba con copas de más, era cargoso conmigo, pero después se hizo dificultoso. Los días domingos por la noche regresaba borracho y aunque lo desmentía, fue él quien divulgó estando ebrio que me había comprado por dos bolsas de maíz. Yo lo rechazaba en esas noches y me lo gritaba en la cara:

—Si te echo de aquí, Paikin tendrá que devolverme cuatro bolsas de maíz. Te compré flaca y te devuelvo gorda...

Fue desde cuando me castigó que le tomé miedo. El alcohol lo encolerizaba y se enloquecía pegando. Eso lo soporté durante un tiempo; desde que Tingo tenía dos años comenzaron los castigos y lo peor vino cuando una noche quiso matarme. Alcancé a huir en la oscuridad dejando a Tingo en la cama. Estaba horrorizada pensando que podía matarlo a mi hijo. Pero al amanecer, desde donde estaba escondida, lo vi a Vega salir, a caballo, como hacía siempre, para ir a la estancia a trabajar. Él también me vio y siguió tranquilo. Yo corrí para abrazar a Tingo. Así fue como aprendí a conocerlo a Vega cuando estaba borracho; todos los días domingo yo escuchaba en el silencio de la noche para oír el paso del caballo de Vega que regresaba, y lo hacía temblando de temor. Al sentir que atravesaba el patio, alzaba a Tingo y con él huía al campo para evitar el castigo o la muerte. Con mi hijo salía por la puerta de atrás y me metía en los yuyales. Allí me arrodillaba y escuchaba hasta que por fin me acostaba con Tingo en los brazos, en la oscuridad, oculta en los yuyos. Al amanecer veía desde lejos que Vega se iba y entonces regresaba, mal dormi-

da y húmeda de rocío. Al principio permanecía asustada, sin dormir toda la noche, después aprendí a dormirme como lo hacía Tingo: éramos dos inocentes tirados en el suelo en medio de la noche; así yo había visto dormir a los animales. En verano era a veces difícil soportar la crueldad de todos los bichos que nos acosaban; mejor era el invierno porque entonces yo huía con Tingo y con dos cobijas o muchas veces no esperé a que Vega regresara para salir y ubicarme en los yuyales y tampoco temía a las víboras cuando helaba. Tenía que cambiar de sitio todas las veces porque hubo noches que Vega salía a buscarnos; le oía con terror los gritos de borracho a veces cerca, después lejos, y me tranquilizaba, pero sin dejar nunca de sufrir todos los horrores de sentirme asesinada como lo había prometido Vega. ¡Y la abuela dice que debo casarme con un hombre bueno que nos cuide! Fermín Vega no tenía fama de malo. No vuelvo a casarme ni siquiera con uno cubierto todo el cuerpo con oro macizo. Ni por el Moro soportaría nunca nada jamás de lo que me ha hecho sufrir la vida. Por eso estoy aquí con Tingo y el Moro —que me trajeron— esperando cerca de donde terminan los rieles. Nada puede detenerme, ni el amor ni la compasión. Haré lo que ya no puedo dejar de hacer y que, por lo pronto es mi manera de vivir.

El Moro es un hombre bueno; ignoro cuál es su sufrimiento, no me lo dijo, ni pude descubrirlo. Lo dejo a Tingo, no sé hasta cuándo.

TRES HIJOS DEL MORO

Es día de invierno, brillante, seco; el tiempo justo de cazar nutrias, de poner las pieles al aire libre, a secar colgadas de los árboles en sus moldes de alambre, y tiempo también beneficioso de acopiarlas.

El Moro ha reunido tres fardos grandes de pieles y los ha enhilado y anudado uno en cada extremo de un tiento que coloca por el medio, en la cruz de su caballo, que ha traído desde el potrero de María Paikin, donde ahora lo cuida Tingo. Monta luego y sale al tranco, erguido en la montura, calzado, de sombrero aludo, camisa de cotonia y lo demás de tela oscura, todo nuevo. La tarde se ensancha al paso del Moro que no va a vender esas pieles; va de hombre por los campos donde ha amado, sin que se sepa por su boca. Él anda por donde el invierno silencia a las aves, sin nidos, por donde está apaciguado el celo de las bestias y donde están mustias las hierbas débiles afectadas por el frío. Pero todo es favorable para el que es hábil y ha acumulado pieles. El Moro no tarda en llegar a una casa metida en el insondable misterio de la llanura y por allí anda despacio con su cabalgadura; espera hallar la gente que busca y observa desde lo alto la limpiada del patio donde gansos casi silvestres graznan por costum-

bre de espanto, alertando a cuanto alienta vida en la tierra, y además a los que viven allí, rodeados del verdor que aun resta a las plantas o a los árboles que no ha desnudado el invierno. El Moro llega y echa pie a tierra; despacio desata un manojito de pieles y hace como que no ve que una mujer ha salido y observa su presencia, mientras varios niños corren donde él está. El Moro toma las pieles que ha separado, se acerca a un chico de ojos azules y le dice:

—Tomá muchacho, y acordate del Moro.

Eso es todo. La mujer queda allí junto a la puerta. Teme saludar al Moro porque no sabe si esa cortesía hará que todo vaya mucho más allá de donde ella quisiera. Y acepta el hecho de que el Moro deje allí las pieles —que son equivalentes a dinero, a provista de comestibles—, como si ya él lo hubiera hecho alguna vez así. El hombre monta de nuevo su caballo y silencioso como ha venido se va, indiferente a la mujer que lo sigue mirando, a las cosas que lo rodean, y aun a los niños que llevan alzadas las pieles; indiferente a la ausencia del hombre o ignorando su presencia en la casa, como si él, el Moro, no hubiera hecho más que dejar allí sus pieles para que un muchacho las recogiera sin importarle lo que ocurriera después, pero seguramente sabiendo que serían vendidas y eso es lo que él desea: que haya más víveres para los chicos, para la mujer y aun para el marido de la mujer. El Moro está por sobre todas esas consideraciones no obstante, salvo el hecho de que el niño al que le dio sus pieles, es un niño de ojos azules. Y en la tarde límpida cuando a todos el día invita al trabajo más intenso, a la tarea más fecunda, él se aleja de esa casa, donde un niño es dueño de pieles que serán para toda la familia, y seguirá hasta donde otro niño o niña —de ojos azules o negros pero con algo del misterio que embellece el rostro del Moro— saldrá a su

vez para verlo llegar —como si lo esperara también ese invierno— y el Moro le dirá, entregándole un manojito de pieles de nutrias, suaves para tocarlas, y grandes para la codicia, le dirá:

—Tome, muchacho, y acuérdate del Moro.

Son los vientos los que llevan las noticias en los campos, los conocimientos de hechos, los dichos de las cotilleras: —El Moro está en lo suyo, ayudando a sus hijos...

Es fama que cuando regala de esa manera sus pieles, y donde las da, es porque hay uno que es hijo de él.

Cruza campos libres de alambrados; anda al tranco por pastizales altos, apenas dañados por heladas primerizas, donde el ganado vacuno numeroso no alcanza a disminuir la abundancia del crecimiento; sigue senderos, los abandona; corta camino entre cardales y llega donde Juan Ramón Agüero es poblador cerca de esteros cubiertos de canutilares interminables, de camalotales feraces pero sólo es dueño de algunos chivos, esos animalitos de la pobreza.

Argüello sabe que el Moro reparte pieles entre sus vecinos y sabe por qué y dónde lo hace; a su casa nunca ha ido con pieles para sus hijos y no tiene ninguno de ojos azules, ni la nena más chiquita que es bella más que cualquiera otra que él haya visto alguna vez en su vida. Por eso observa intrigado, pero tranquilo, los movimientos del Moro —el sobrepaso de su caballo— que viene hacia donde él está caminando y luego se detiene junto a la puerta del alambrado que rodea el rancho. El Moro no descende y Juan Ramón Argüello lo escruta con sus ojitos entrecerrados, el bigote lacio, rígido hacia abajo. Pero después hablan. El Moro con su presencia le ha dado sentido a las cosas que los rodean; Argüello siente que la llegada del Moro ha cambiado todo esa tarde y que ya no habrá monotonía mientras tenga ese recuerdo y quizá sea

así también para su mujer que ha salido al patio y mira al Moro arreglándose el cabello, turbada.

Si Argüello tuvo celos al principio, ahora está ganado por algo superior a su voluntad y más aún cuando el Moro desciende y apoyado en su caballo le contesta sus preguntas. Ha olvidado en ese momento que las pieles que faltan en el tiento están ya en manos de sus vecinos donde hay —dicen— hijos del Moro.

—¿Y claro? Si eso es sabido... ¿De dónde ojos azules? Del Moro, pues.

Hasta encuentra conformidad que todo sea así, que todo ocurra armoniosamente y que ese hombre al que admira sea como es.

—No sabría decirle bien cómo es el Moro, por dentro, me refiero; lo que si le digo es que se trata de un hombre de alma grande.

Ahora el Moro ha callado; Argüello lo ve cómo desata el último fardo de pieles —las ve grandes, valiosas—, cómo extiende el brazo con ellas y le dice:

—Tome, Juan Ramón, son para usted.

Él vacila, pero no quiere, ni podría tampoco hacerlo, despreciar un regalo del Moro y lo acepta, lo toma y agradece:

—Gracias, Moro —y luego de un silencio agrega:

—Le voy a ser franco y le voy a pedir disculpas. Yo siempre creí lo que se dice de esta costumbre suya. Discúlpeme, ahora sé que estaba equivocado. Pase, Moro, si gusta, ésta es su casa.

Entran ambos allí donde está la nena más chica de Juan Ramón —hija del Moro— que tiene ojos hermosos, negros como los de la madre, la mujer de Argüello.

LA EMBOSCADA

I

Gerónimo Díaz está trabajando en la descascadora de arroz, pues la cosecha en esa zona atrajo a pobladores desocupados, del sur y del norte, y luego muchos de los que vinieron continuaron en las labores del molino, aunque le dicen nomás, porque allí nadie muele sino que limpia, pule y empaqueta. En este momento afuera del galpón, allí donde funciona una bomba de agua con cañería para tanques y canilla instalada, Díaz levanta la cabeza que había puesto debajo del chorro para refrescársela. Tiene a su lado a dos compañeros que esperan a su vez para hacer lo mismo en la canilla del agua. Parece que vinieron hasta ella conversando del tema que los tiene absortos, pues uno de los amigos le dice a Gerónimo:

—Che Gerónimo, a mí me contaron distinto de lo que dijo éste —afirmó señalando al otro—. No es asunto, digo yo, de ponerse a hablar más de lo debido, pero como vos estás viviendo cerca del garcero francés, a lo mejor, se me ocurre, vos has visto algo...

—Para qué te voy a mentir. Lo único que te puedo decir —porque efectivamente lo he visto— es que al caer la tarde lo vi al garcero francés cuan-

do cruzaba el alambrado, al borde del camino. Llevaba la escopeta Saint Etienne, esa que muestra cada vez que se habla de armas en la barraca. Él está orgulloso de su escopeta y muchos saben que tiene afición por la caza del carpincho y es de los pocos que cargan cartuchos con un solo balín. Así que, fijáte, no me llamó la atención verlo con el arma, ni tampoco me asombró que fuera cortando campo rumbo al río. No fue nada más que eso lo que vi. ¿Para qué los voy a engañar?

—Seguro que el hombre llevaba una resolución.

—Eso no lo puedo decir. Si uno ve a un hombre armado que va caminando hacia algún lado, lo único que debe decir es que vio a un hombre armado. Y nada más que eso. ¿No te parece?

En el suelo de tierra en torno a la canilla se había formado un pequeño charco de barro y agua salpicada de la canaleta por donde corría hasta desparramarse en los yuyos. El compañero de Díaz que había hablado, puso la cabeza bajo el chorro de la canilla, agachado, con las piernas abiertas, disfrutando el fresco como para no seguir hablando. Era suceso reciente; el nacimiento, quizá, de una leyenda, por eso los hombres encubrían, parcos de palabras, opiniones y sentimientos. Habitados a frecuentar hombres de procedencia e índole desconocida, se mantenían sobrios, mientras detrás de ellos en los galpones, el ruido de las máquinas continuaban ubicando a la tarde en el pentagrama de ritmos laboriosos. Afuera, por donde se dilatan los campos, las arboledas están quietas. Todo parece cambiado como si el silencio de los hombres y mujeres ante la muerte del Moro hubiese trasmutado la feracidad —a veces agobiadora— a favor de la quietud y tristeza de las cosas; y el río, el agua en su mansedumbre, disminuida por la bajante y lenta al andar, ha perdido la serena imagen de las riberas y es como un agua muerta, sin potencia de algo vivo dentro de ella.

Han declinado algunos hombres viejos rencores, odios fieros, furias fatuas y por no mostrarse en la pequeñez de ser curiosos, se reservan callados el deseo quemante que tienen de ir a ver el sitio donde aún está la sangre del Moro, y su canoa, solitaria en el silencio del río.

II

Ha bajado el agua, ha quedado reducida al espacio angosto del cauce por donde pasa lenta. El amplio displayado a todo lo largo de la ribera del este, remata en árboles; y éstos parecieran lejanos por el ensanche del arenal destapado con el descenso del río. La otra orilla es alta, de barranca que desciende en tobogán y se prolonga en el lecho plano, ahora seco hasta donde toca lo que queda del río. Pero para cruzarlo aún es necesario usar embarcación. En la orilla elevada, límite natural del campo agreste, ha crecido el hierbazal en pujante fecundidad y sólo se observa un sendero que es por donde pasaba el Moro después de atravesar el río.

Ese día su canoa estaba en la orilla de la playa arenosa ensanchada, en el bajío. Al atardecer se vio cómo el Moro salía caminando con lentitud, enhiesto, según su manera de ser, saliendo de la arboleda isleña. Y cómo desenganchó la canoa —se vio eso también— la empujó y subió a ella. A pala iba cruzando el río hacia la barranca alta. Allí no se vio a nadie en ese momento en que el Moro se acercaba. Su canoa tocó tierra y él bajó. Estaba de frente dando el pecho al verdor de la barranca. Fue entonces cuando se oyó un disparo de escopeta. El Moro no pareció alcanzado por una bala; pero de pronto, en su camisa se desparramaba una mancha roja. Se le vio vacilar, luego se llevó la mano derecha a la cintura y desvainó su facón y comenzó a caminar rápido hacia la barranca, hacia el lugar

donde atronó el disparo. Y ahora sí un hombre —parecía delgado y joven, o quizá la luz del anocheer cohonestaba su imagen— se levantó de entre los yuyales y escapó corriendo con una escopeta en sus manos. Parecía aterrorizado por el Moro y por su emboscadura descubierta. El Moro caminó más despacio, hasta que trató de subir la barranca de rodillas. Cayó rodando antes de llegar al borde, pero no se derrumbó hasta el nivel del río. Se tomó con una mano de las grietas e inició otra vez el ascenso, con el facón en la mano izquierda. Arrastrándose tocó el canto de la barranca, pero aflojó sus dedos y se desprendió. Rodó con todo su peso inerte hasta que el cuerpo quedó boca abajo cerca de la canoa.

FE DE BAUTISMO DEL MORO

En los corrales estaba reunida toda la caballada de los William, desde la que procedía por descendencia de la manada que perteneció al viejo Abraham William hasta los potrillos que nacieron en la última parición por cruza aborígenes de marcas distintas. Estaba allí el moro, envejecido, perdidos ya los ardorosos movimientos y la fuerza de antaño, pero vigoroso aún y alerta el resto de sus bríos. Fueron arreados desde todos los límites del campo; cientos de caballos galoparon hacia los corrales desde el amanecer, las crines batidas por el viento.

Allí estaban los herederos Johan William y su hermano Rómulus, las tres hermanas William y sus maridos y los hijos de todos ellos, y sus peones. Estaba además el hijo de Rosa Aracaiquin, de ojos azules, de dieciséis años de edad, agregado a la familia, protegido por Johan William pero no obstante eso vivía con los peones, sin trabajar como ellos con el ganado más de lo que él mismo quería. Ni Johan William pudo imponerle nunca algo; sólo, a campo e islas crecía el hijo de Rosa Aracaiquin.

La mañana se prestaba, a pesar del viento, para la tarea del reparto organizado por todos los William. Habían dividido ya el campo adjudicándose

las leguas cuadradas que a cada uno correspondía; dividirían las vacas como ahora estaban haciendo con la caballada. Todos estaban allí, ambiciosos y tensos los William, activos los peones, silencioso el hijo de Rosa Aracaiquin, sin ajetrearse como los otros, parado de espaldas a un poste del corral, observando. Era más alto que el más elevado de los William; sus dos brazos permanecían rígidos contra el cuerpo, un pie delante del otro, enhiesto el busto. Miraba el rostro de los herederos sin mover la cara, sin curiosidad. insondable su pensamiento o sus intenciones o sus deseos.

Cuando era necesario, algún peón o uno de los William abría la puerta del corral y entraban más caballos traídos al galope. Nadie se ocupaba del moro de Johan William agregado a los caballos ariscos y a los mansos de tiro en el corral donde finalizaría el reparto. Alguna vez se dijo que Johan apodaba "el Moro" al hijo de Rosa Aracaiquin con lo cual quería recordar tanto sus propios bríos como los del caballo. Y el hijo de Rosa lo sabía y tampoco ignoraba que su madre fue enlazada por ese William montado en el moro, porque así y con rencor se lo contaron cuando era niño y no vivía aún en el campo de los William.

El moro a veces era atropellado por los caballos nuevos que introducían en el corral, o quedaba quieto, junto al alambrado, apartado, sin el desasosiego de los que se encabritaban o relinchaban, sudorosos, y a sus relinchos se los llevaba el viento hacia todos los rumbos de los pastizales. El reparto de caballos comenzó al azar; por turnos acordados por los William, hombres y mujeres, de mayor a menor edad.

—¡Johan William!

Un peón que la custodiaba abría la puerta del corral y dejaba salir dos caballos; eran para Johan William; sus peones se los llevaban y metían en otro corral.

—¡Rómulus William!

Otra vez dos caballos se hacían salir, de entre los primeros que estaban cerca de la puerta, sin elección. Luego salieron disparados, azuzados a gritos, siempre de a dos, sin elegir, caballos para cada una de las tres hermanas. Y volvía la rueda, se repetía en medio del polvo de tierra levantado por los cascos, con gritos y latigazos. El moro no salía y los hermanos William y los peones lo veían a veces correr por los fondos del corral incitado por el espanto de los otros caballos. Todos los herederos pensaban en él y deseaban que les correspondiera. Era el único caballo con fama. Sobre ese caballo ninguno de los William y menos Johan que Rómulus, respetó a nadie con el que se pudiera hacer algo estando montado. Todos sabían que desde arriba del moro Johan enlazó —muchos años atrás— a una india y la voltió y revolcó en los pastos.

—¡Rómulus William!

Abrían la puerta. Salían caballos.

—¡Mónica William! (Salían caballos).

—¡Verónica William! (Salían caballos).

—¡Eleonora William! (Salían caballos).

Aracaiquin no se había movido, apoyado en un poste del corral; permaneció testigo del reparto. Pero cuando ya quedaban pocos por distribuir y el moro aún no salía, todos los William y todos los maridos de las William y los peones comenzaron a festejar la pertinaz huida del moro para no atravesar el vano de la puerta. Cuando gritaban:

—¡Johan William!—, esperaban que el moro saliera —unos con deseo, otros con zozobra—, al arrearlo hacia la puerta con los otros caballos. El moro eludía el aparte. Ahora cautivaba la atención de todos porque Aracaiquin estaba allí y su presencia, más que nunca, era vinculada con la historia de ese caballo, y él, Aracaiquin, también se sintió observado.

El número de caballos que restaban en el corral era impar; siguieron los William sacándolos por turno atentos al destino del moro. Cuando quedaron sólo dos y el moro, aumentó la expectativa y los gritos de los hombres en el corral.

—¡Johan William!

Azuzaron los peones a los tres caballos y todos gritaron, hombres y mujeres —menos Johan— ansiando que no saliera el moro. Aracaiquin permaneció allí, junto al poste, silencioso. El moro no salió, y la puerta fue cerrada con grandes exclamaciones de los peones. Otra hazaña del moro.

—¡Ése es para Johan!— gritaron los maridos de las William; pero Rómulus, que seguía en el orden de los herederos, se opuso.

—Que se adjudique por sorteo —sentenció. Y así se hizo.

En el centro del corral se reunieron todos ellos y los peones; el moro quedó contra el alambrado, cerca de Aracaiquin. En una de las cinco cédulas que se hicieron fue escrito el nombre del caballo. Se mezclaron y cada uno tomó una.

—¡Aquí está, —gritó Rómulus— pero no será para mí; al moro lo voy a adjudicar yo. ¡Vení, Aracaiquin!

El muchacho no se movió.

—¡Vení, Aracaiquin!— volvió a llamar Rómulus y comenzaron a sonreír los peones —¡Vení que te voy a regalar el moro!

Aracaiquin caminó despacio; se acercó al grupo de todos los William y de las mujeres, que lo observaban callados.

Trajeron el moro con un lazo en el cogote.

—Tomá, Aracaiquin, es para vos.

Aracaiquin tomó el lazo junto a la argolla y sostuvo el moro. Los William se apartaron y el muchacho los observó a uno por uno, pero detuvo su mirada entera en Johan William y le preguntó:

—¿Es mío, entonces?

—Sí, es tuyo.

—¿Puedo hacer lo que yo quiero con este caballo?

—Sí, es tuyo.

Todos los William y los maridos de las William escuchaban. Aracaiquin parecía haberse agrandado en la mañana; no podían, ay, ellos dejar de mirarlo; los peones, más lejos, festejaban, mostrando alegría por el destino del moro.

Aracaiquin volvió a hablar:

—Pregunto a todos: ¿Este caballo es mío y puedo hacer con él lo que quiera?

Fue Johan William quien contestó mientras todos rodeaban a Aracaiquin y al moro deseosos de que lo montara:

—Sí, es tuyo y podés hacer lo que quieras con él.

—Entonces —dijo Aracaiquin con rostro impasible y voz firme—, abran la puerta.

El marido de Eleonora William corrió y la abrió totalmente. Los otros dejaron paso para que saliera Aracaiquin con el caballo; pero él sólo se adelantó unos metros y ante la expectativa de todos sacó su facón de la cintura. De una sola veloz puñalada certera, lo hundió en el cogote del moro, exactamente en la yugular. Hubo un movimiento de espanto en los William; el caballo se lanzó a la carrera por la puerta abierta hacia el campo; corría y un fuerte chorro de sangre se pulverizaba en el viento, corría el moro envuelto en su sangre manando y vaporizándose, cubriéndole de rojo el lomo y los costados de la panza; corría aun desparramando neblina de sangre agotado su fluir potente; se detuvo, caracoleando con violencia y de pronto se desplomó, rodó en los pastos, muerto.

En el corral, Aracaiquin estaba inmóvil, con el facón ensangrentado empuñándolo, la hoja hacia arriba, miraba a Johan William y luego a los otros. Nadie habló, el horror aún los dominaba. Y entonces, en ese silencio de los William, y en ese murmullo de hojas en los árboles en torno al corral, por

donde salió el moro chorreando sangre volatizada en el viento, con el facón todavía en su mano, salió Aracaiquin.

Fue su último día en el campo de los William y en esa zona. Comenzó su vida en las islas, más abajo, hacia el sur, mucho más abajo del paraje ribereño, donde lindaba con el río el campo de los William.

Años después, cuando otros lo conocieron y lo llamaban "el Moro", él aceptó el nombre con indiferencia.

Í N D I C E

	<i>Pág.</i>
<i>Prolegómenos. Papeles archivados</i>	7
El garcero francés	15
La hija del garcero francés	19
Acta de nacimiento	25
Viruela y látigos	29
La isla y el Moro	35
La mujer de Borrás	39
La caída de Borrás	45
El regreso del valetón	49
Cerca de Las Banderitas	53
María Paikin	57
Acta de matrimonio	63
Recuerdos de María Paikin	67
Tres hijos del Moro	71
La emboscada	75
Fe de bautismo del Moro	79

Este libro se terminó de imprimir en
los Talleres Gráficos ORESTES S. R. L.,
Isabel La Católica 455, Capital Federal,
en el mes de junio de 1977.